

Sangran todavía las llagas de nuestros desastres. El patrimonio que nos legaron los bravos defensores de la integridad nacional, desmembrado ha sido. Los más preciados florones de la nación española, se han ido perdiendo uno á uno, sin que los descendientes de los héroes del 2 de Mayo, hayan sentido arrebolarse sus rostros por la vergüenza. Vientos de maldición y decadencia soplan en el rincón solitario á que quedó reducido nuestro poderío por los errores de unos y la codicia de otros. El pueblo — dicen los causantes de los desastres — ha perdido el pulso.

El pueblo — dicen los que están limpios de culpa — no sabe odiar. Y es cierto. El santo odio que llevó al combate á nuestros antepasados, no anida en nuestros pechos. La sangre ha dejado de circular tumultuosa por nuestras venas, y por eso, quien por las apariencias juzga, dice que hemos perdido el pulso, cuando lo que nos falta es vergüenza.

Hemos contemplado embobados, como si de cosa ajena se tratara, la desmembración nacional. Más inmóviles que tantos estatuidos como engalanan nuestros parques y jardines, hemos pasado sin protesta las injurias inferidas por propios y extraños... ¿Y es este el pueblo que conmemora el dos de Mayo de mil ochocientos ochó? ¿Apechugamos tranquilamente con las débiles colonial y económica y pretendemos engalanarnos con vistosos ropajes de invencibles guerreros?

La conmemoración debe significar identificación, y no está identificad con los héroes del dos de Mayo quien, si las sombras de aquellos saliesen de sus tumbas pidiendo cuenta de la malversación del patrimonio legado, tendría que bajar la cabeza avergonzado y confrito, si de sentir rubor era capaz.

Conmemoremos, conmemoremos; pero procuremos también emular á nuestros antepasados. Seamos dignos de ellos robusteciendo nuestra voluntad anémica para entrar gallardamente en lucha, en las diferentes esferas de la actividad humana; pues así, y sólo así, será como honraremos á los héroes de la Independencia, cuyo centenario conmemora hoy España.

No es en mármoles, es en el pecho donde debemos adorarlos. Bien están las estatuas para los que un día fueron ídolos del pueblo. Pero cuando el pueblo es el ídolo, necesita un colosal santuario que sólo tiene cabida en las conciencias.

Benito Artigas.

EL TIO JACINTO DE MEDINACELI

No es cuento lo que vamos á referir, sino historia pura y honrosa para nuestra provincia, cuyos datos debemos á personalidad muy conocida y respetada en Medina, como en Soria, D. Gregorio Velasco, quien no hace seis días cuando se trataba de organizar la Fiesta de hoy, hablando de héroes sorianos de la Guerra de la Independencia, nos decía lo que fue *El Tio Jacinto* de su pueblo.

Efectivamente; un héroe más, y héroe anónimo á quien rendir tributo merecido, sin que de él se haya ocupado la Historia.

El año doce del pasado siglo, cuando las tropas francesas en sus últimas marchas y contramarchas intentaban caer sobre Sigüenza, sin que de ello se tuviese exacta noticia, nuestro héroe, Jacinto Rodríguez, natural de la villa de Medinaceli, figuraba como Tambor de uno de los Cuerpos provinciales, organizados para la defensa nacional; siendo el que estaba á las inmediatas órdenes del jefe de aquellas fuerzas.

Jacinto era mozo bravo que ardía en vehementes deseos de acabar de una vez con todos los *franchúteles*, y jamás se separaba de su caja de guerra, teniendo bien ensayados los toques necesarios para estar siempre listo al combate.

Entre las gentes de la población gozaba de gran popularidad y no faltaban vecinas que oyéndole los continuos golpes de parche le bromearan diciéndole que se guardase las baquetas, no las rompiese antes de entrar en fuego. Jacinto se enardecía entonces y poniéndose en jarras emprendía á tocar generala (de mentirijillas) diciendo que él era capaz con sus patillos de atravesar el corazón á Napoleón el grande.

Rayaba ya en monomanía el ardor bélico de Jacinto, que al retirarse á dormir acariciaba siempre su tambor dejándolo junto al camastro, y soñando, soñando, deliraba con los franceses.

Era, pues, como un sonámbulo. Las tropas invasoras las tenía todas las noches metidas en la cabeza, y llegó al paroxismo levantándose ¡oh! milagro! un amanecer descompuesto, agitado, furioso, agarrando el tambor y dormido, sin tropezar en parte alguna, comenzó á tocar por las calles á rebato, creyendo que los *gabachos* ya estaban apoderándose de Sigüenza.

La guardia primero, las fuerzas y los Jefes del Provincial enseguida y el vecindario después, todos se pusieron sobre las armas, juzgando, efectivamente, que había llegado el momento crítico de acudir á la pelea.

Jacinto, Jacinto, le gritaban los compañeros para que les explicase aquello; pero Jacinto, terne que terne, no respondía apretando en el manejo de las baquetas. Se ganó un buen pescocón de uno de los Oficiales, y, entonces Jacinto despere-

zando, asustado, comenzó á darse cuenta de lo que le sucedía.

—No transcurrió media hora, cuando asomaban las tropas invasoras por la cuesta llamada del Moral, camino de Palazuelos, pueblo próximo á la Ciudad. Entonces se vió bien claramente que el sueño de Jacinto se convertía en triste realidad; tocando de nuevo, no sólo el tambor del héroe, sino todas las cornetas y produciéndose el grito unánime de... *guerra contra los franceses*.

Estos, que querían haber sorprendido á Sigüenza, fueron los sorprendidos á su vez, y retrocedieron acobardados sin insistir en su empresa, librándose así la población de un día de luto.

Pasaron los años, Jacinto el Tambor de órdenes, llegó á ser *El tío Jacinto de Medinaceli*, y, ni pidió, ni le dieron tampoco premio alguno, dedicándose honrada y modestamente á su oficio de cardador de lanas del país, acabando en los postreros años de su existencia por ser el *Hospitalero* de la villa.

Su generación no fué ingrata del todo con él, y corriendo de boca en boca el verdadero milagro que había realizado con su caja de guerra, y respetándose su memoria, en el camarín de la Virgen de la Salud, que se venera en la Ermita del pueblecillo Barbatona, especie de Barrio agregado á Sigüenza, figura entre muchos exvotos y ofrendas una pintura tosca y chillona que representa el retrato de *El tío Jacinto de Medinaceli*, vestido con su gran uniforme de la época y tocando el tambor.

Héroe desconocido, pero héroe al fin, de nuestra incomparable Guerra de la Independencia, al que hoy consagramos homenaje de patriótica admiración.

Pascual P. Rioja.

DE MOMENTO.

Soria se une hoy al homenaje que España entera tributa á los héroes de 1908.

En aquel incendio de amor patrio que inflamó los corazones de los españoles todos, hubo resplandores hermosos, destellos vivísimos que parían de este rincón de Castilla é iluminaban el cuadro trágico, sublime, de un pueblo que lucha por su independencia contra poderoso invasor; destellos que acusaban la existencia en Soria de patriotas ardientes que, lejos de desertar, contribuían con su sangre y su dinero á la desigual batalla, y así tenía que ser so pena de haber renegado de sus timbres: los que en Numancia dieron al mundo el más asombroso ejemplo de amor á la independencia patria; los que en el transcurso del tiempo llenaron con sus hechos tantas y tantas páginas gloriosas; los que merecieron ser los guardadores de un Rey en momentos de peligro, no podían faltar, ni faltaron, en los instantes que España necesitaba de los suyos.

Y en el 1808, como en cualquier ocasión que la integridad nacional se viese amenazada, los hijos de Soria, por descontado se tiene, al lado de la madre patria estuvieron y estarán respondiendo á su tradición y valentía.

Pero si Soria rechazó con bravura la invasión material, con no menos denuedo y cuidado se libró de aquella otra invasión que, por ser sorda y lenta, no dejó de apoderarse de muchos espíritus españoles; de aquella invasión de doctrinas deletéreas que los franceses, cual virus traído en los equipajes de sus ejércitos, iban inoculando en algunos cerebros españoles; invasión terrible; pues preocupados nuestros abuelos en contrarrestar la fuerza material del invasor que ensangrentara el suelo, cuerpo de la patria, no se cuidaban de aquella otra moral que, con el tiempo, dañara el alma española, y por eso al lanzar allende el Pirineo al último francés, atrás quedaban los gérmenes malditos que no habían de tardar en producir su fruto.

Soria supo sacar á flote en aquella epopeya gloriosa la integridad de su suelo y la virginidad de su espíritu español, y aquí, por no haber afrancesamiento, ni aún lo hubo en las ideas.

Ellá, en este homenaje, puede mejor acaso que ninguna otra provincia, rendir tributo de gratitud á los que así la conservaron pura y genuinamente española.

Luis Posada.

SALUTACIÓN

—Soria querida, veneranda tierra de mis mayores! Humilde y modesto puede ser el lugar que te destinan en el concierto de la nación, cuando de distribuir dones y mercedes se trata; pero puedes envanecerte de ser más grande y más honroso el puesto que para tí alcanzan tus hijos cuando de su sangre se precisa, bien en defensa de un niño Rey entregado á su custodia, bien para sostener la integridad de la Patria.

—Amanece el memorable 2 de Mayo de 1908, en que el pueblo de Madrid apoderándose de unos cañones los hace explotar en los campos de Monteleón, y sus sierras y montañas parecen vibrar cual si á ellas llegara el eco de la retiriaga!

—Se da el grito de independencia en Mostoles, y este mismo repiten gustoso tus hijos aprestándose á la pelea, en lucha tan heroica como desigual, sin más baluarte que su pecho, ni otro ideal que contribuir, sellando con su sangre, á la epopeya más gloriosa de nuestra historia.

Hoy tu hermana, la simpática Zaragoza, conmemora el centenario de aquella gloriosa jornada inaugurando una exposición Hispano-Francesa; y allí también acude, sin rencores ni prejuicios de ver enlazadas las dos banderas que ayer se cruzaron tintas en sangre; y es que, sobre la tierra que se regó con la sangre de los tuyos, no ha podido nacer ni la ortiga ni el abrojo y sólo ha brotado florido y gigante el laurel.

Cierto que no tienes para tu gloria otra puerta del Carmen, pero conservas en lo que llamas Campo de la Lealtad un obelisco, símbolo elocuente de que tus mártires no murieron ignorados, y que hoy al depositar en el fúnebre coronas tu Ayuntamiento y Corporaciones, demuestran que tampoco yacén en el olvido.

—¡Restos queridos! persista siempre este grato consorcio: —En vosotros la inmortalidad; en nosotros el recuerdo—.

Santiago Ruiz Lería.

A la picota del campo de Santa Bárbara (SORIA)

Sus libertades con sangre española cimentaron.

—¡Pirámide bendita, que modesta, á la par que severa, te levantas en el lugar do próceres ilustres víctima fueron de extranjera saña! Monumento que un pueblo esclarecido consagró á la memoria venerada, de los que en el cadalso sucumbieron por defender su independencia santa.

—Si las generaciones venideras, dando al olvido las sublimes páginas, do con su sangre, mártires ilustres escribieron la historia de la Patria, á prescindir llegaran de sus glorias y lo que significas olvidarían, las piedras que te forman se abrirían, y renaciendo las cenizas santas de las preciadas víctimas, que fueron en el sitio que ocupas inmoladas, llenas de indignación, desde su tumba con cavernosa voz, así exclamaran:

- Hendió el espacio embravecido, el aire azotó vigorosa con sus alas,
- y en la región de las etéreas nubes cerniéndose un día majestuosa el águila.
- Allí del sol en el ardiente disco clavó audaz la pupila ensangrentada,
- y ¡he de eclipsar el brillo de tus rayos,
- exclamó— con el brillo de mis armas!
- Tornó á cernirse en el espacio; altiva lanzó sobre la tierra la mirada escudriñando avidamente donde poder clavar su lacerante garra;
- abandonó la altura, codiciosa se abalanzó sobre su presa rápida;
- y en su delirio asolador, frenética, trocó en extensos campos de batalla los áridos desiertos del Egipto,
- las de los Alpes cimas elevadas, los recónditos valles de la Suiza,
- y los verdes valles de Italia, Bélgica, Prusia, Nápoles, Hungría, Babiera, Wurtemberg, Sajonia, Holanda,
- y otros cien pueblos más, pobres juguete fueron de su ambición desenfundada;
- y sedienta de gloria y poderío, sus ojos puso en la nación Hispana,
- yuncirla al carro de sus triunfos quiso, como si fuera envilecida esclava.
- ¡Esclava suya la Nación Ibera!
- ¡Esclava suya la nación bizarra que derrotó á su ejército en Pavia,
- que en San Quintín anonadó sus armas,
- y que aprendió á ser libre entre las ruinas gloriosas de la heroica Numancia!
- Rugió el león; cólerico, al combate rápido se aprestó, de gente extraña los pasos al sentir, hirió la tierra con su temible y poderosa garra,
- y dando al viento la melena, ¡Guerra! —irguióse airado al escucharle el pueblo,
- trocó veloz la esteva por la espada,
- y al grito santo de ¡Venganza y guerra! cada pecho español fué una muralla,
- cada roca un baluarte poderoso, y cada pueblo inexpugnable plaza.
- Corrió á torrentes la española sangre, con la sangre del águila mezclada;
- y con tal brío combatir supieron los nobles hijos de la tierra hispana, que vencedores por doquier quedarían de los que de invencibles blasonaban.
- Manes de aquellos héroes que un día por defender su independencia santa antes que doblegarse á extraño yugo víctima fueron de extranjera saña; dormid en paz! Que el pueblo esclarecido que supo honrar vuestras cenizas santas jura, ante la pirámide bendita, que si nuevas legiones extranjeras, dando al olvido las sublimes páginas do con su sangre, mártires ilustres escribieron las glorias de la Patria, á turbar vuestro sueño se atrevieran, y en el hispano suelo penetraran, á la lucha sus hijos volarían, y mientras uno solo en pié quedara, mil vidas que tuviera perdería, antes que vuestra tumba profanaran.

† Bonifacio Sanz.

DOCUMENTO NOTABLE

Revisando el libro de actas de las sesiones celebradas por el Ayuntamiento de Soria en los años 1808 al 1812, encontramos la siguiente, que integra, sin hacer correcciones ortográficas, juzgamos oportuno reproducir.

Dice así tan interesante documento: —En la Ciudad de Soria á trece días del mes de Octubre de mil ochocientos doce, estando junto su Ayuntamiento según costumbre en las Salas Consistoriales, especial y señaladamente presentes el Sr. D. Vicente García, Presidente como Alcalde, los señores D. Tomás de Valderrama; D. Roque Tutor; D. Josef de Torres y D. Blas Luis y D. Matías Martínez, Regidores, y

D. Agustín Azores, Procurador Síndico ge por antemí, su infrascrito Secretario, aron lo siguiente:

Teniendo en este nuevo Ayuntamiento que á instalarse, los horrores y lasti, espectáculos que los enemigos de la humanidad han puesto á nuestra vista, de su cruel dominación, en el campo titulado de Santa Bárbara, sacrificando á su furia hasta catorce ó más inocentes vie por amantes y defensores de su Rey, de su Patria y legítimo soberano D. Fernando séptimo, afusilándolos y colgando por muchos días en la Orca que existió dicho campo, entre ellos á los dos señores de la Junta Superior de Burgos D. Gordo, Presbítero Vicepresidente, y D. Muro, Individo de dicha Junta, Intendente de su prov.ª D. Josef Ortiz Sobarrubias y Secretario D. Josef Nabal, el día dos de abril del corriente año, y cadáveres, aunque con permiso que searon y consiguieron los hermanos de caridad, se bajaron del patíbulo al siguiente día y condujeron á la iglesia parroqui San Salvador con pompa fúnebre y presencia de clero y crecido concurso de estodoso vecindario para darles sepultura, y estando celebrando sus exequios fueron interrumpidas repentina y bruscamente por la tropa, que el Gobernador francés, repentido de la buena obra que hizo en conceder el permiso, mandó con la mayor ferocidad y profanación del templo, en mano, sorprendiendo y llenando de horror á los circunstantes, obligándolos á ir con los cadáveres, llevarlos y colgarlos nuevo en la horca en que permanecieron muchos días á discrección de las abes y rros que los deboraron en gran parte, ita que aquel diamantino corazón permitió toleró se les enterrase en el propio campo á las inmediaciones del suplicio, donde aui permanecen.

Y deseando que á estos gloriosos mártires de la Patria se les presten aquellos omengajes debidos, acordó este Ayuntamiento que precedidas las licencias y demás formalidades que para semejantes casos tiene prescritas la Iglesia, se saquen sus huesos del paraje en que se hallan (siempre que su estado lo permita), se coloquen en un decente ataúd y sean conducidos con solemnidad al sagrado de la Insigne Iglesia Colegial de San Pedro, donde, á su entierro, precedan las esequias con misa y oración fúnebre por sus almas y los demás españoles que han sufrido igual suerte y pérdida de la vida en aquel sitio y en las acciones y batallas ocurridas desde el principio de nuestra justa lucha contra el Tirano de la Europa, y se dió comisión á los señores D. Matías Martínez y D. Tomás de Valderrama, Regidores, para que noticiándolo al Sr. Vice-Presidente de la Junta superior de esta provincia y el que lo sea del Cabilo Eclesiástico, se pongan de acuerdo y señalen el día en que haya de berificarse y den todas las disposiciones necesarias al efecto: Que á seguida se demuela y quite la referida Horca y en su lugar se coloque una pirámide con una inscripción en que se lean los nombres de los que allí han sido sacrificados por defensores de la Patria que sirba de honor y gloria á sus familias; de memoria á los benidores para que siempre conserven el odio eterno á que se ha hecho acreedora la debilidad de esta estúpida, despreciable y abominable nación francesa que á pretexto de libertad cometió el horrendo crimen de decapitar á su Rey y después se ha dejado esclabizar de un extraño de su suelo, el más bil de los hombres; y conciliarse el desprecio de todo el uniberso y que sus naturales, si alguna bez se les permite pisar nuestro suelo, se horrorizen y reconozcan hasta qué grado ha llegado la barbarie de sus infemales caudillos y, al mismo tiempo, la constancia, balor sabiduría y circunspección de la nación española que ha sido y será haora más que nunca la admiración de las demás y el espejo en que deben mirarse.

Así mismo acordaron se saque á pública subasta la demolición de las ciento dieciséis *baras* y media de pared del Castillo que han correspondido á este vecindario para las once horas del día de mañana en que se celebrará un remate repartiendo la cantidad en que se berifique entre los vecinos con proporción á sus facultades.

Igualmente se detalló la Junta para la dirección del Hospital cibil de esta Ciudad y demás agregados en la forma siguiente: Por Presidente de ello del Sr. Alcalde é individos el señor don Tomás de Valderrama, como Regidor, por eclesiásticos á don Ubencésiao Serrano y D. Manuel Burgos, Presbíteros racioneros de la Colegial de esta Ciudad, y seculares D. Nicolás Martín y Josef Gallego y por Secretario á don Ramón Lubias.

Que se haga saber por el infrascrito Secretario á D. Gregorio Varela y D. Felix Martínez de Tejada que en el término de tercero día den razón del estado en que se hallan los establecimientos de niños espositos y Ospicio de esta Ciudad.

Que se benda el pan desde el día de mañana, la libra del flor á doce quartos, el de común á diez y el de centeno á ocho.

Así lo acordaron y firmaron de que certifico.— García= Valderrama= Rubricado, Antemí= Antonio Bernal.

ANTE EL CENTENARIO

Celebra España el primer Centenario de la guerra de la Independencia honrando y enalteciendo la memoria de los que muriendo por su libertad humillaron, vencieron y aniquilaron al hombre extraordinario que pudo considerar como cierta la afirma-

ción de Sieyes: "Napoleón todo lo sabe, todo lo quiere y todo lo puede." Y pensó ser empresa fácil, acaso no digna de la grandeza de su audacia, de su genio, de su fortuna y de su gloria, apoderarse de España y disponer á su antojo de sus destinos.

Todas las fechas comprendidas entre el 2 de Mayo de 1908 y 4 de Junio de 1914 serán centenarios de otras tantas. Hoy recuerdo ha de llevar al corazón del pueblo español, que seguramente seguirá la huella del curso de aquella guerra tan gloriosa, raudales de ternura y de gozo, estremecimientos de indignación y de espanto, torrentes de ira y de orgullo encontrados que han de sucederle con la vertiginosa rapidez que pasó por las cenizas de aquella tragedia sin sembrar en la historia, hoguera inmensa que se abrió de confin á confin en la nobilísima España el amor á la independencia que arde siempre, y de modo especial entonces, devoró á sus opresores, acostumbrados á vencer en Ulima y en Austerlitz.

Las regiones, las provincias, las ciudades y las aldeas tendrán todas ocasión de poder celebrar, alegrándose ó entristeciéndose, una ó más fechas memorables, centenarios de sus triunfos ó de sus desgracias, en todas flemos de honrar á los héroes cuyos nombres nos conservan la historia y á los que, no por ignorados, menos dignos de alabanza, pusieron sobre el altar de la patria la ofrenda de sus haciendas, de sus vidas y de las de sus hijos.

Elevar al cielo oraciones y plegarias por los muertos, grabar sus nombres y sus hazañas en bronce, que puedan resistir los ataques del tiempo y de los hombres, organizar en su honor espectáculos y manifestaciones aparatosas y solemnes que impresionen las fantasías de la generación presente y guarde y haga guardar el recuerdo de la justicia que hizo la Patria en 1908 á sus muertos cien años antes, todo esto es recomendable, muy justo, pero no es suficiente, porque lo que más interesa y el mayor obsequio que podemos ofrecer á aquellos bravos es estudiar las causas que murieron tanto sacrificio, por su ejemplo mar la Patria como ellos la amaron y si se preciso morir por ella como ellos lo hicieron.

Carlos IV, con su inofensiva bondad, pasando días en su diversión favorita, pero descuidado en sus deberes gravísimos y confiándole la voluntad de un valido; Fernando, príncipe de Asturias, Rey de España, sin otra preocupación que procurar la caída de Goy y ó la de conde de Aranda, no para en de su pueblo sino para satisfacción de sus pasiones y de su propio provecho y el Príncipe de Escocia, consejeros con tanta ambición como falta de aptitud, debese siempre, pero de modo especial dura la celebración de este Centenario, objeto de la atención y el estudio de los que, fijos en las circunstancias semejantes, pueden causar el bienestar ó la ruina de España.

Carlos IV, Fernán, Godoy, Escocia; España no tenía más sino censuras para vosotros, y á la vida que crezca el justo entusiasmo por la grandeza de los que la engrandecieron, aumentada el desprecio que le causen vuestras figuras siniestras!

El pueblo tampoco ha de conformarse con presenciar y tomar parte en los actos externos del Centenario, debe aprender á mirar, sobre la pequeñez de los hombres que tan fácilmente le alucinan, la grandeza de la Patria y para ella y solo por ella ha de prodigar sus amores y sacrificios.

¡Qué lástima inspira el pueblo español dando su vida en 1808 por los que no contentos con haber allanado á los ejércitos del tirano el territorio nacional, le llamaban *su único apoyo* y el *salvador* de los que ametrallaba sin distinción de edades, condiciones y sexos!

Digna España del amor y del sacrificio de sus hijos en 1808 por su pasada grandeza y sobre todo por la inmensidad de su desgracia, no es menos hoy que á aquellas glorias pasadas, sumó las incomparables que le alcanzaron los héroes de la Independencia y á sus desgracias antiguas suma en los actuales momentos las de las luchas civiles del siglo pasado, y las vergüenzas de las últimas guerras, que sin honra ni provecho pusieron en su historia una nota de ignominia y hemos de borrar si queremos aparecer dignos herederos de nuestros padres los hombres del dos de Mayo de 1808.

Esclavos los españoles de la ignorancia, de sus pasiones y de la miseria y pobreza que envilecen su existencia al llegar la primera fecha del glorioso centenario, nada más patriótico podremos hacer que sacrificarnos todos para que, sacudidos los yugos de tan crueles tiranos, podamos el 4 de Junio de 1914 celebrar nuestra independencia moral, social y económica con tanto entusiasmo y tanta justicia como lo hicieron los que pudieron ver un día libre su patria del enemigo poderoso que creyó dominarla y fué su víctima.

Así alcanzará el pueblo en sí mismo recursos que, en los momentos de peligro, han de ser los únicos que le suministren medios para luchar y vencer á todos los que se opongan á la realización de la misión altísima que la Providencia confió á la nación española, y habrá celebrado dignamente el primer centenario de la guerra de la Independencia.

Soria 1.º Mayo de 1908. Bonifacio Sanz.

Autógrafo de la Independencia.

APRENDIENDO DE LA HISTORIA

Soy aragonés por temperamento, aragonés y castellano por mis amores y español por los cuatro costados.

En estos tiempos de virtud regional, en que cada provincia parece acumular *distintivos* esenciales en sus habitantes, para que de los *buenos* hagan alarde en ocasiones propiciatorias, hace falta el civismo de declarar concienzudamente por aragoneses, castellanos, valencianos, andaluces y gallegos, que todos somos españoles.

Y la declaración tiene que ser sincera, firme, rotunda, como encaminada al afianzamiento de una unidad *nacional* fuerte y vigorosa que no necesita manifestarse exclusivamente en la conmemoración oficial de fechas gloriosas para la Patria.

Existe dormido, pero latente, un egoísmo y una manifestación de supremacía, más o menos oscura, de región á región que conviene, que urge remediar y evitar radicalmente.

En esas agrupaciones, más ó menos compactas, de catalanistas y bizkaitarras, no habrá por el pronto un peligro serio, pero constituyen un desaire y un insulto nacionales.

El odio al centralismo, más ampliamente sentido que expresado, y el descontento hacia los que rigen con desacierto los destinos del país, hace muchos años, podrá patentizarse por la protesta razonada y seria, y por la defensa justa y serena; pero nunca con el ridículo intento del *cambio* de nacionalidad, cuyo desarrollo reconoce causas muy distintas y cuyo estudio no es para esta ocasión, ni de este lugar.

Y es ahora cuando España entera, se apresta, á conmemorar del mejor modo posible, una de sus más grandes epopeyas; y Zaragoza, Madrid, Bailén, Gerona, y otras muchas capitales, serán las encargadas de refrescar unas brillantes páginas de nuestra Historia, en pos de las cuales, han caído muy tristes signos de los tiempos no tan lejanos á 1808, como prueba de una decadencia desgraciada que no está en vías de corregirse.

Hoy, día del *Dos de Mayo*, sobre el sepulcro del gran capitán del siglo XVIII, de aquel gran genio guerrero, cuya ambición desmedida fué el azote terrible de Europa en varios años, y cuyo esplendor comenzó á eclipsarse en Bailén y siguió oscureciéndose en Madrid, y en Zaragoza, y en Austerlitz, y en Moscú, para llegar á la negación absoluta en Waterloo, se alzarán egregios, orgullosos y amenazadores los Palafox, Agustinas, Empecinados, Daoiz y tantos otros héroes que lucharon denodadamente por la independencia hispana, con el denuedo y el valor que sólo llegan á alcanzarse en momentos de serio peligro para la integridad de un pueblo noble, amenazado por engaños y traiciones sin nombre.

Han sonado, antes de ahora, muchas líras en cantos de enardecimiento épico y, el juicio sereno de muchos historiadores, ha evidenciado, hasta el último detalle, la grandeza de una fecha que suena á combate é incita á la pelea en todas las conciencias donde se rinde culto sagrado, preferencia de santuario intangible al patriotismo.

Respecto á hechos, pues, puede decirse poco nuevo.

En la manera de conmemorarlos, Zaragoza, ofrece en su programa de festejos una novedad muy atrayente y muy propia de los tiempos modernos. Es la exposición hispano-francesa. Los que hace un siglo batallaban atrozmente, hoy se unirán recordando sus proezas guerreras en estrecho abrazo, que sellarán, no el aparato de los cañones y el ruido de las bayonetas, sino la manifestación del progreso en la Industria, en el Comercio, en las Artes, en las Ciencias, que son las armas más eficaces en la guerra moderna.

Franceses y españoles, tan distanciados hace 100 años, con afán de secuaces autómatas los primeros, y con la razón en la defensa de una santa causa, los segundos, se unirán hoy como hermanos y mutuamente podrán decirse: — Ved lo que hemos adelantado.

En estas fechas de recordación de pasadas grandezas, debe quedar algo educativo y perecedero: la virtud del ejemplo.

Con excepción de algunas, puede decirse que de entonces acá nuestras pruebas han sido dolorosas, muy dolorosas. Está caliente aún el rescoldo de recientes sacudidas que no sirvieron en el espíritu público más que de amodramamiento, de inconsciente pesadumbre y de maza enorme que gravita en el sentir de todos los españoles, sin la energía suficiente para desaharla.

La conmemoración del Centenario de nuestra Independencia, debe servir para eso; para que volviendo la vista hacia el pasado, con mirar seguro, y confianza en lo porvenir, pasando por alto nuestros pesares sin tomar de ellos más que la prudente observación, sea ésta también la fecha en que acabe para siempre la desconfianza íntima y el indiferentismo nacional, y con el calor de las grandezas que fueron, nazca, fuerte y seguro, el engrandecimiento de nuestra patria, el resurgimiento nacional hacia el nuevo día de venturas que deben afianzar la paz, y garantizar el trabajo por la voluntad esforzada de todos, por que hay que convenir en que el mejor patriotismo, tal vez no está en el derramamiento generoso y heroico de sangre, sino en trabajar en la paz por el florecimiento de todas las fuentes de la riqueza, que son la mayor fortaleza de los pueblos grandes, honrados y dignos.

José M. Palacio.

Si la premura del tiempo no nos hubiera presentado obstáculos insuperables, con el mayor gusto habríamos fotografiado el autógrafo que á continuación transcribimos, respetando en todas sus partes la redacción original.

Nuestros lectores saborearán con deleite la bella página que les ofrecemos, alegato de una clase manifiesta del Ejército español, solicitando el justo premio á los merecimientos contraídos por su abnegación y heroísmo.

Despachado en 10 de Octubre (Hay una rúbrica)

Zaragoza 23 de Septiembre, de 1808.

Haga constar por informes justificativos de los comandantes de los puntos, y hecho se providenciara.

(Hay una rúbrica.)

Es cierto que José Monclus Cayo 1.º de Fusileros se distinguió en los ataques de la Puerta de Sancho, y salió varias veces á las avanzadas, que se daban en dicho punto. Zaragoza y Octubre 1 de 1808.

Josef de Lavina. (Rubricado)

Como Subteniente de Fusileros que soy, no puedo menos de asegurar sugeto alá verdad que José Moutous Cabe 1.º del dho. Cuerpo, estubo bajo mis ordenes en la Puerta de Sancho desde el 21 de Junio hasta el 23 de Julio, y q.º desempeño con vizarria las avanzadas, y descubiertas que durante el tiempo estubo en su cargo, habiendose distinguido á mas en los repetidos ataques q.º se hicieron en dha. Puerta, y fuera de ella presentandose siempre como uno de nuestros mejores soldados el primero ala frente del Enemigo con la mayor gallardia, y denuedo, dando exemplo, y estimulando á los demás soldados. Zaragoza y Octubre 1 de 1808.

Pedro Frade. (Rubricado)

Me basta cuando informan Dn. José Lavina, Dn. Pedro Frade, y Dn. Gamba a favor del interesado, por baverse hallado unos y otros mis ordenes en la Puerta de Sancho. Zaragoza 2 de Octubre de 1808.

Renovales. (Rubricado)

Es cierto quanto expone el suplicante en dho. memorial, y lo contra el ataque del 23 de Julio contra Cogollada.

Remigio Falcon. (Rubricado)

Es cierto, q.º el expone, me entregó el cañon el día cinco por la mañana, junto con municiones en el punto del Tréngue, y el 1.º de Septiembre, q.º me salvó. Dn. Salvador.

Es cierto, en quanto expone el C.º Monclus en quanto á el día siete por la mañana de Agosto Zaragoza y Octubre de 1808.

Dionisio Abadía. (Rubricado)

Excmo. Sr. Es cierto q.º V.º E. le hizo la gracia á este individuo de Sargento en atención á una acción de valor: el 29 de Julio fué el prim.º que delante de dho. Ant.º Torres, y entró en una Huerla frente á los Molinos del Cabildo de donde se desalojaron los enemigos: En la Puerta de Sancho le di una tarde á armarlos con 8 hombres. La noche del 3 de Agosto le mandé á él y á otro Sarg.º que se hallaban en el Cuartel de Mirones, que desalojaron á los enemigos, lo que verificaron con Dn. Joaquín M. Ntalla, y taparon la puerta. Rgs. de Zaragoza Octubre de 1808.

Exmo. gal. José Obispo. (Rubricado)

†

EXCMO. SR.

Jose Monclus, Cabo Primero de la 1.ª comp.ª de Fusileros, á V. E. expone: Que por los vandos Públicos que se fijaron en esta Ciudad, q.º los q.º se distinguiesen en los ataques de ella se les premiaria con sus acciones, y siendo el exponente uno de los q.º se distinguieron en ellos, es á saver como en el día 24 de Junio se le dio el cargo de las avanzadas, y descubiertas de la Puerta de Sancho, y otros cargos importantes lo q.º desempeño con mucha vizarria, y en este tiempo mato á un Jefe Frances en las inmediaciones de dha. Puerta, y otros ataques q.º hubo tambien se distingio en ellos como podrá informar de su verdad el Coronel en Jefe D.º Mariano de Renovales vajo sus ordenes estubo el expon.º: En el día 29 de Julio se halló el exp.º en el Ataque del Camino de Cuhullada en donde se distingio, y fue maltratado de la Caballería enemiga por haver querido avanzar al enemigo como podrá acreditarlo D. Remigio Falcon: en el día cinco de Agosto se arrojó á cojer el cañon q.º tenían los enemigos en las inmediaciones del Sr. Conde de Sagasto, como en efecto lo cogió, y presentó con sus municiones (sin dar lugar á clavarlo) al Subten.º D. Fran.º Salvador que comandaba el Punto del Tréngue, y sus inmediaciones pues no habia otro Comand.º lo q.º podrá informar de su verdad; en el día siete p.º la mañana se halló el exponente, de Comand.º en el Cuartel de Fusileros con un Cabo, y unos soldados lo q.º mando con un albañil romper las Paredes de la calle del Carmen reconociendo las casas en donde llevo el exponente á casa de un carretero en donde decían haber sido prisioneras, y no pudo presentarlas p.º no dejar aquí punto en la casa inmediata q.º era de un texedor allí un muchacho de corta edad herido acompañado de dos granaderos Franceses q.º habian pasado á cuchillo al Amo y un criado q.º lo quemaron en la cocina inmediatam.º paso á cuchillo á los dos Granaderos Franceses como podrá informar de su verdad el Cabo Dionisio Abadía, y el albañil, en el mismo día por la tarde le presento al Excmo. Sr. Marques de Lazan una espada siete fusiles, y un uniforme de un Jefe Frances q.º le mató en la Guardia q.º tenían los enemigos junto al Convt.º de Sta. Rosa, quien me mandó guardarse el punto y Onor de aquella espada: en el mismo día p.º la tarde me mandó el Sr. Mayor general de Infant.º que guardase el punto del Cuartel y fortaleciese las Puertas q.º me habia hecho Sargento otro Sr. General lo q.º excecuto inmediatam.º y fortalecio aquel punto poniendo sus avanzadas correspond.º por estar el enemigo en aquellas inmediaciones lo q.º podrá informar dho. Sr. Mayor gen.º de Infant.º D. Jose Obispo, dejando á parte otros diferentes ataques q.º se halló en esta Ciudad, y fuera de ella en los q.º tambien se distingio: Por tanto.

A V. E. Suplica en consideración de lo arriba expuesto concederle la gracia de una Plaza de Subteniente en atención á sus distinguidos meritos; en aquel Cuerpo q.º á V. E. pareciese favor, y gracia q.º espera el suplicante de la recta justici.º de V. E. Zaragoza Sept.º 22 de 1808.

JOSEF MONCLUS. (Rubricado)

(Hay una rúbrica)

PALEFOX. (Rubricado)

Como lo pide en vista de todos estos informes q.º anteceden. No pudiendo entrar destinado en el Reg.º de Gran.º coloquesele en otro cuerpo.

Nuestro patriotismo y la marcha de Cadiz

Los últimos años de vida española han cambiado profundamente nuestra psicología. Acabamos de cosechar muy amargos frutos; y el recuerdo del reciente desastre nacional, surge en nuestro espíritu como una nube negra que nos vela el épico sol de otros días.

Tras un largo período de profunda inconsciencia, en que no faltaron laureos para los viejos héroes, ni patrióticas charangas, ni cantos de cuartel, perdimos—como todos sabéis—los preciosos restos de nuestro imperio colonial. Fué este un golpe previsto por una minoría inteligente y que sorprendió á los más. Imaginamos al pueblo español como á un hombre que, inesperadamente, recibiera un fuerte garrotazo en la cabeza; cayerá á tierra sin sentido y al recobrarlo, se levantará preguntando: ¿Dónde estoy?

Comenzamos á despertar y á mirar en torno nuestro.

Acaso el golpe recibido nos pondrá en contacto con nuestra conciencia.

Por lo pronto, nuestro patriotismo ha cambiado de rumbo y de cauce. Sabemos ya que no se puede vivir ni del esfuerzo, ni de la virtud, ni de la fortuna de nuestros abuelos; que la misma vida parasitaria no puede nutrirse de cosas tan inconsistentes como el recuerdo; que las más remotas posibilidades del porvenir distan menos de nosotros que las realidades muertas en nuestras manos. Luchamos por libertarnos del culto supersticioso del pasado.

¡Nos valió, acaso, el heroísmo de Castro y Palafox, defensores de Gerona y Zaragoza!, para salvar nuestro prestigio, en jornadas recientes que no quiero recordar? ¿Vendría en nuestra ayuda la tizona de Rodrigo, si tuviéramos que lidiar otra vez con la misma? No creemos ya en los milagros de la leyenda heroica.

Somos los hijos de una tierra pobre é ignorante, de una tierra donde todo está por hacer. He aquí lo que sabemos.

Y preferimos esta triste verdad á las estrofas fanfarronas de aquel poeta, que encarándose con España, le decía, entre otras cosas;

... porque indómitos y fieros, saben hacer sus vallos frenos para sus caballos de los cetros extranjeros.

Sabemos que esto no es verdad. Y cuando, en versos del mismo poeta, leemos: ... que no puede esclavo ser pueblo que sabe morir...

sonreimos amargamente pensando que, si nuestro pueblo no sabe otra cosa, será siempre esclavo; porque la libertad se basa en la virtud contraria: en saber vivir, precisamente en lo que pretenden ignorar esos *vasallos* indómitos y fieros.

Sabemos que la patria no es una finca heredada de nuestros abuelos; buena no más para ser defendida á la hora de la invasión extranjera. Sabemos que la patria es algo que se hace constantemente y se conserva solo por la cultura y el trabajo. El pueblo que la descuida ó abandona, la pierde, aunque sepa morir. Sabemos que no es patria el suelo que se pisa, sino el suelo que se labra; que no basta vivir sobre él, sino para él; que allí donde no existe huella del esfuerzo humano no hay patria, ni siquiera región, sino una tierra estéril, que tanto puede ser nuestra como de los buitres ó de las águilas que sobre ella se ciernen. ¡Llamaréis patria á los calcárcos montes, hoy desnudos y antaño cubiertos de espesos bosques, que rodean esta vieja y noble ciudad? Eso es un pedazo del planeta por donde los hombres han pasado, no para hacer patria, sino para deshacerla. No sois patriotas pensando que algún día sabréis morir para defender esos pelados cascos; lo seréis acudiendo con el árbol ó con la semilla, con la reja del arado ó con el pico del minero á esos parajes sombríos y desolados donde la patria está por hacer.

Hoy que removemos las nobles cenizas de los héroes de 1808, rindámosles el homenaje serio y respetuoso que merecen. Ellos conservaron, á costa de su sangre, la tierra que hoy debemos labrar. No insultemos su memoria con vanidosas fanfarronadas, ni hagamos resurgir aquella profunda inconsciencia que, al son de la marcha de Cádiz nos llevó á perder nuestras colonias. Convencidos de que sabemos morir—que ya es saber—procuremos ahora aprender á vivir, si hemos de conservar lo poco que aún tenemos.

Antonio Machado.

de tropelías é iniquidades, el pueblo se incorporó creándose Juntas de defensa, alistándose combatientes, reuniendo dinero y elementos, levantándose por todas partes al grito de "guerra contra el usurpador". Mucho se ha escrito sobre tan grandiosos hechos y mucho permanece ignorado. Quizá pueblos cuyo nombre no ha sonado en los anales históricos estén cubiertos de gloria.

Y, ¡cuántos mártires y héroes anónimos! Los Andino, Durán, de Vera, Murcia, Tabuena y Amor, nunca se borrarán de la memoria de los sorianos.

El batallón de voluntarios llamados los Numantinos, las guerrillas sueltas que tanto daño hicieron á los dominadores, los asaltos que por recuperar á Soria llevaron á cabo nuestros paisanos, el entusiasmo, la alegría, el patriotismo con que acogió á los suyos el gran pueblo soriano al desalojar á los franceses el general vencedor Don José Joaquín Durán con sus tropas, son hechos dignos, entre otros, de ser descritos por plumas mejor cortadas que la mía.

Aunque con la premura del tiempo, condición nuestra de última hora por el carácter indolente y apático que nos distingue, honremos cual se merecen, dentro de nuestra modesta situación, á patriotas tan dignos de ese nombre.

Mas, ¡basta ¡oh pueblo! con cumplir este deber, impueste acaso por las circunstancias y no por impulso natural y propio?

No, no debe bastarnos con honrar la memoria de nuestros antepasados, pues ya que volvemos la vista á esa página histórica, es necesario, es imprescindible que deduzcamos sus consecuencias, sus enseñanzas, de acuerdo con la razón y los conocimientos humanos presentes si queremos ser verdaderamente independientes. Porque no lo somos.

Las luchas bélicas trocáronse en ideas; las armas guerreras se convierten en útiles del trabajo, en máquinas agrícolas é industriales; los proyectiles en libros que desarrollan la inteligencia y voluntad; el estampido de los cañones en guerra sorda de comercio; la campaña estruendosa de invasión en *penetración pacífica*...

¿Somos realmente libres é independientes? ¿No estamos dominados por otros pueblos y por otras entidades monopolizadoras y usurpadoras?

Pues si es así, ¿órmense esas Juntas de defensa, esas asociaciones necesarias para despertar á este pueblo dormido y sacudir el yugo invasor. Nuestras riquezas, nuestra voluntad están en poder de otros, recuperémoslas y seremos libres é independientes.

Esta debe ser la obra del Centenario.

Dionisio Sanz.

Soria hace un siglo.

Como en todas las ocasiones en que ha sido preciso poner á prueba el valor y el entusiasmo patrio, no fué la provincia de Soria la que menos lo puso de manifiesto en la gloriosa guerra de la Independencia.

Un mes después de lanzado en la Corte española el grito de independencia, que dió origen á los sangrientos sucesos del dos de Mayo de 1808, el Corregidor de Soria convocó á toda la Corporación á sesión extraordinaria el día 3 de Junio, dándole á conocer que le habia anunciado el Procurador general del Común, que el pueblo deseaba dar pruebas sinceras de su lealtad y entusiasmo por las leyes nacionales, y reunido en las calles, aclamaba á las personas de su confianza para miembros de la Junta suprema gubernativa y militar.

Mientras esto decía el Corregidor y lo confirmaba el procurador, el pueblo congregado, insistía en sus deseos, y avisado con la masa el Procurador general, llevó á los reunidos la proposición de que fuese nombrada la Junta de gobierno con D. Francisco de Paula Carrillo, el señor Corregidor, D. Francisco González Castejón, el barón de Pallaruelo, D. José Valbuena, D. Alonso Jiménez, D. Mateo Vicente Luengo, D. Miquel Carrillo, D. Roque Tutor, el Procurador general, D. Matías Martínez, Marqués de Arábaca, D. Manuel Casildo González, D. Antonio Herrant, D. Andrés Muñoz y Aparicio, D. Vicente de Casquete, D. Angel Andino, los RR. PP. Guardian y Prior de los Conventos de San Francisco y San Agustín, D. Félix Martínez de Copido y D. Luis Martínez de Aparicio.

Todos estos individuos fueron llamados en el acto, y aceptaron gustosos los cargos con que les habia honrado el pueblo, tomando inmediatamente posesión de ellos.

Pocos días llevaba en funciones la Junta anterior, cuando se recibió una orden del general Cuesta que transmitía otra de la Central de Madrid disponiendo que se organizaran las Juntas de armamento y defensa en todas las provincias.

En vista de tal orden renunció sus cargos la primera Junta y se formó la segunda, compuesta de algunos de los que formaban la anterior y otros que fueron agregados para cumplir las instrucciones superiores.

El 18 de Junio llegó á Soria oficialmente la noticia de aceptación de la corona de España por el nuevo rey José Napoleón, unida á una proclama en que los nobles acompañantes del rey don Fernando aconsejaban obediencia y adhesión por parte del pueblo hacia el nuevo soberano. De estas disposiciones consignase copia literal en el libro de actas, añadiendo al pie que quedaban enterados, pero suprimiendo lo de que las órdenes serian cumplidas como se hacia siempre con las recibidas de la Junta Central ó del general de Burgos, Sr. Cuesta.

Formose entonces el batallón de Numantinos, que se presentó al general Cuesta, y una vez incorporado al ejército, al mando de Menacho, se distingió frente á Logroño y en su retirada á Sigüenza por la superioridad inmensa de las fuerzas imperiales.

En los primeros días de Octubre se hizo la proclamación de don Fernando VII, en aquella fecha se hallaba ausente de Soria el Marqués de Gravino, Conde de Gómara, á quien, como almiré, correspondía levantar el pendón.

Escribiósele á Sevilla, desde donde contestó que se hallaba ocupado en perseguir al enemigo, como individuo que era de aquella junta, por cuya razón fué sustituido por el regidor más antiguo, don Mateo Morales Letien.

Entre tanto los franceses iban avanzando triunfalmente por toda Castilla la Vieja, y el 20 de Noviembre se tuvo noticia en Soria de que un fuerte ejército llegaba por la parte del Burgo. Las principales personalidades de la población huyeron de ella con lo que pudieron

llevarse á las aldeas inmediatas, donde se consideraban más seguros, dejando cerradas sus casas.

Los más comprometidos eran los individuos de la Junta y también trataron de huir, mas los pocos habitantes que en Soria quedaban detuvieron á algunos, obligándoles á seguir su suerte.

Aquel día, á las siete de la noche, mientras por las puertas del Duero penetraban en Soria los regimientos españoles de Logroño y Trujillo, se enseñaba del arrabal, por la parte opuesta el ejército francés mandado por Ney en número de 20,000 hombres. Ante tal superioridad numérica retiráronse los españoles y Ney se apoderó de la población.

Prometió el mariscal que serian respetadas las haciendas, pero los soldados entraron á saco incendiando, robando y destruyendo todo.

Este mismo proceder fué seguido por otra división de caballería francesa compuesta de mil hombres, que penetró en Soria dos días después que la primera.

Por fin fué encargado del mando de la provincia Daufin, jefe dignísimo, quien procuró por todos los medios endulzar los atropellos que cometieron sus antecesores.

En toda la etapa de la dominación francesa Soria tuvo gobernantes dignos y considerados como Daufin, Brown y Dubernay, y sufrió tiranos insoportables como Baste y Forez. Bajo el mando de éste fué incendiada la parte del arrabal de la ciudad ó sean 17 casas de la Plaza de Herradores, el 10 de Agosto de 1812, último atropello cometido por los franceses furiosos al verse bloqueados en Soria por las tropas nacionales.

Antes habia tenido lugar el fusilamiento de los individuos de las Juntas de Burgos y Soria el 1.º de Abril de 1812, en el campo de la Lealtad. En otro lugar de este número publicamos el acuerdo tomado por el Ayuntamiento en 13 de Octubre de 1812 cuya acta nos revela de hacer descripción de este suceso.

A mediados de Septiembre llegó en socorro de Forez el general Darquier que le facilitó la salida de la plaza para emprender la retirada, pero antes exigieron una fuerte suma de los vecinos, amenazándoles con el fusilamiento de los principales y el incendio de los edificios, si en el término de pocas horas no accedían á sus pretensiones. Tales desgracias pudieron evitarse entregando gran cantidad de dinero á los enemigos de España.

Fuera de la ciudad, desde que fué tomada por los franceses hasta su expulsión, se renovó el sistema de escaramuzas de los antiguos numantinos, por guerrilleros de tesón invencible y de insuperable amor á la patria.

Don Angel Andino, canónigo de la Colegial de Soria, sacrificado por los franceses, fué quien más aprovechó este sistema de lucha.

Muchos jóvenes sorianos abandonaron sus hogares uniéndose en defensa de la libertad nacional al Empecinado, Villacampa y al cura Merino.

Mientras Fortuni gobernaba Soria, la primera guerrilla regular instalóse en Chéroleos, y noticias de que las tropas imperiales habian de pasar á Almazán á cobrar las contribuciones, adelantáronse los leales mandados por Merino y Tapia. La lucha fué sangrienta, y la victoria alcanzada por el francés con la toma de Almazán, fué debida á que habiendo pedido parlamento y concedida la tregua, atravesaron el puente por sorpresa, faltando á la palabra de honor.

Reuniéronse después las tropas de Villet y la Rioja, cuyo ejército fué derrotado por Rogey, y gracias á la intervención de D. Juan Antonio Tahuena con sus tropas, pudo hacerse menor el descalabro.

Proporcionáronse nuevas fuerzas y se nombró general á D. Agustín José Durán, que pasó á Berlanga de Duero á establecerse, donde fué visitado por Merino y Tapia, en unión de los cuales, sorprendió en Torralba un convoy de caudales que Duvernay enviaba á Burgos, y que si no quedó por completo en poder de los españoles, fué debido á que el cura Merino dejó de perseguir á los franceses puestos en precipitada fuga.

Durán tuvo que retirarse á Montegudo baido por numerosas fuerzas.

Las batallas de Espinar, cerca de San Pedro Manrique, Deza, Tarazona, Calatayud, Ariza, Osonilla y otras muchas, reputaron á Durán del mejor guerrillero.

Otra de sus más celebradas hazañas fué la toma de Soria, haciendo á los franceses guardarse en el castillo, hasta que numerosos ejércitos le hicieron abandonar la plaza.

Los numantinos al mando de Durán, se distinguieron en la toma de Zaragoza.

Todas estas hazañas quedaron bien mal pagadas, pues Durán fué pospuesto al general Mina, mucho más joven, se le quitaron sus numantinos que era lo más lucido del ejército y se les incorporó á distintos cuerpos.

Para hacer esta reseña de la intervención que Soria tuvo en la guerra de la Independencia, han sido consultados el libro de actas de nuestro Excmo. Ayuntamiento, galantemente puesto á nuestra disposición por el digno Alcalde señor la Orden y la historia de Soria del eminente D. Nicolás Rabal.

Enrique G. Nogueroles.

PRO PATRIA

Frontera á la parte Norte de la plaza de toros; casi en el comienzo del camino viejo de Valonsadero y al terminar el áspero repecho que separa el Arrabal de la extensa planicie de Santa Bárbara; (1) sin una pobre verja que la resguarda; sin un árbol que la dé sombra; sin siquiera un asiento donde el caminante fatigado pueda detenerse á contemplarla; borra, por las injurias del tiempo, la patriótica leyenda que antes la adornaba, ázase, triste y solitaria, una modesta pirámide labrada en tosca piedra. Nadie, al mirarla, diría que es aquél el sagrado monumento erigido por el primer Ayuntamiento Constitucional de Soria en recuerdo de los mártires de nuestra sacrosanta independencia. Todos, casi, hemos olvidado ya que en aquel mismo sitio se elevó, durante muchos meses, el horrendo patibulo donde fueron sacrificados muchos buenos patriotas por el enorme delito de pelear por la integridad de la patria. Ni una fiesta anual que conmemore el suceso; ni una corona, ni una flor, ni un recuerdo; todo se ha perdido, todo ha naufragado en el mar insonable de nuestras desdichas.

Mas, ya que no nos sea posible—por hoy al menos—traer á la memoria de la generación

(1) Hoy estos detalles, por la generación presente de todo punto innecesarios, poral, cuando el tiempo, desapareciera la pirámide.

NAPOLEON EL "INSIDIOSO,"

presente la historia y hechos de todos los héroes ignorados que allí perdieron la vida en defensa de nuestra independencia...

En un asistente formado por varias piedras adosadas a una de las tapias que separaban los huertos existentes, por aquel entonces...

Era el otro un sacerdote de mediana edad, no alto de estatura, de compleción fuerte, de andar torpe y perezoso, originado más por la inseguridad que produce la falta de vista...

—Era el otro un sujeto alto, joven, fuertemente moreno, de ojos negros y vivos; su aspecto era militar, por más que el traje no correspondiera a la apostura...

—Malas nuevas, don Narciso, muy malas nuevas traigo. Parece que esa parra que nos han plantado esos malditos en Santa Bárbara se vá a adornar...

—Pues bien; marché con la comisión que desde Berlanga me dió usted por encargo de la Junta provincial a tierra de Burgos...

—Comprendo, general, añadió don Narciso, la exactitud de las observaciones hechas por usted; su opinión es también la de la Junta...

—De todos modos, la nueva ocupación de la plaza por los enemigos ha de ser corta: la guerra toca a su fin, el pueblo ha triunfado...

—Me parece, Juan, que habiéndome contado lo de más substancia y lo que más me interesaba de tu viaje, el resto lo podemos dejar para mejor ocasión...

—Pues nada, ¡repuno!—que los de la Junta Superior de Burgos, excepto unos cuantos que han podido escapar milagrosamente...

—¿Valgamos Dios! ¿Y cómo ha sido ello? —A eso iba cuando me ha interrumpido. En las primeras horas de la mañana del día siguiente me despertó un gran ruido que se sentía en la calle...

—Pues porque no me ha dado la gana, repuno! lo ha entendido usted bien, señor don Ambrosio Ruiz de Gamarra? Porque quiero ver cómo usted y los demás malos españoles que con usted forman el Tribunal criminal extraordinario de Soria y su provincia...

—Muy bravo estás, manquillo, pero ya amainarás, hijo, ya amainarás. —Pues largo y a recibir á sus amigos que ya vienen.

—Mal genio gastas, Juan, oljetó uno de los del corro. —No lo he de gastar, hombre, si estoy dado á todos los demonios. Mirad: la guerra contra los franceses se va á acabar pronto: lo ha dicho el general Durán y es verdad...

—En resumen y para terminar: que el general Wandermanslein se dirige sobre Soria con una fuerte columna y que trae prisioneros á la mayor parte de los individuos de la Junta, y que me temo que su propósito es fusilarlos en cuanto lleguen...

—¿Qué sabes tú de esas cosas Juanillo! —¿Que no lo sé? ¡Pues no lo he de saber! Mira: el año ocho estuve en Bayona; formaba parte de la servidumbre del rey Fernando y me escapé de allí por no morirme de vergüenza...

—¿Y cómo te quedaste manco? —Interrumpió un viejo—deseando dar otro giro á las pláticas de Juan. —En Zaragoza, en el primer sitio: ¡aquellos si que eran hombres repuno! ¡que escenas más horribles! estabamos en Santa Engracia...

—Y ese pob, e niño que va así arrastrando? —Ese es hijo del Intendente Cobarrubias. Pero ¡qué es eso! ¡mil rayos, pues no le pegal! ¡Ah, cobardes, matadme, pero no toqueis á esa criatura!

—Y diciendo esto, se arrojó el manquillo como una fiera sobre los franceses, y de un tremendo puntapié, derribó al granadero que había maltratado al niño. Lo demás fué obra de un segundo: el manco atacaba á los franceses á puñetazos y á mordiscos...

El día 4 de Abril se fijó en todos los sitios públicos de Soria y se pegaron, á son de tambor, el siguiente edicto: «El Tribunal criminal extraordinario de esta ciudad y su provincia, en virtud de comisión y mandato especial del Excmo. señor General de división Wandermanslein, comunicada la noche del día primero de Abril, procedió á la formación de la causa en el termino y sitio que se le prescribió contra don José Ortiz Cobarrubias, don Pedro Gordo, don Eulogio de Muro, don José Gregorio Navas, don Santiago Estefanía, individuos de la Junta insurreccional, titulada de Burgos y Segovia...

—Ni aun eso es posible; si hubiéramos tomado el Castillo, desde luego intentaría la resistencia; pero con los enemigos dentro de los muros de la plaza, no puedo ni debo exponerme á un fracaso cierto. Cuando los franceses entren por un extremo de la ciudad, mis tropas saldrán por el opuesto á tambor batiente, no como gente que huye, sino como soldados que se retiran ordenadamente.

—Pero, al menos, resistiré usted en la ciudad el tiempo que pueda, objetó don Vicente. —Ni aun eso es posible; si hubiéramos tomado el Castillo, desde luego intentaría la resistencia; pero con los enemigos dentro de los muros de la plaza, no puedo ni debo exponerme á un fracaso cierto.

—Comprendo, general, añadió don Narciso, la exactitud de las observaciones hechas por usted; su opinión es también la de la Junta; si don Vicente ha expuesto ese deseo, ha sido respondiendo á la opinión unánime del pueblo de Soria que no quisiera ver de nuevo holladas sus calles por los franceses y que desearía hacer un supremo esfuerzo por salvar á los prisioneros; pero bien vemos que una y otra cosa son imposibles; los sorianos sabrán tener paciencia y sufrirán con entereza este nuevo desastre.

—De todos modos, la nueva ocupación de la plaza por los enemigos ha de ser corta: la guerra toca a su fin, el pueblo ha triunfado; ¡queira Dios que se sepan apreciar debidamente sus heroicos sacrificios! Ahora, señores, lo que importa es que lo ocurrido á la Junta de Burgos les sirva á ustedes de provechosa lección. El general no debe exponerse nunca á caer prisionero y, en esta guerra, los verdaderos generales son ustedes, son las Juntas que allegan recursos, que reclutan, que organizan, que proporcionan caballos; sin ellas la guerra no hubiera sido posible, así que el país debe tanto agradecimiento á ustedes que preparan los elementos para la batalla, como á nosotros que las damos. Así, pues, termino el general, los señores de la Junta, aquí presentes, y cuantas personas de viso existían en la población que no sean afrancesadas, deben evacuarla cuando yo me marche; hay que evitar sacrificios estériles que á nada conducen: la patria necesita hoy de todos sus buenos hijos y ¡quién sabe si acaso los necesitará más mañana! Adiós, pues, señores, y prepararse para marchar.

—Pues largo y a recibir á sus amigos que ya vienen. —Mal genio gastas, Juan, oljetó uno de los del corro. —No lo he de gastar, hombre, si estoy dado á todos los demonios. Mirad: la guerra contra los franceses se va á acabar pronto: lo ha dicho el general Durán y es verdad...

—En un grupo, guarecido en los Soportales del Collado, y formado por gentes del pueblo, en su mayoría ancianos ó valedurarios, se comentaban, en la tarde del 26 de Marzo del citado año doce, los sucesos del día. Aun se oía el ronco redoblar de los tambores de las tropas de Durán que salían por el puente, cuando asomaron por la puerta del Postigo las primeras avanzadas francesas.

—Y tú ¿cómo no te has ido con los tuyos? —dijo un hombrecillo de aspecto curulesco—única persona decente que había en el corro—dirigiéndose á un personaje ya conocido de los lectores. —Pues porque no me ha dado la gana, repuno! lo ha entendido usted bien, señor don Ambrosio Ruiz de Gamarra? Porque quiero ver cómo usted y los demás malos españoles que con usted forman el Tribunal criminal extraordinario de Soria y su provincia...

—Muy bravo estás, manquillo, pero ya amainarás, hijo, ya amainarás. —Pues largo y a recibir á sus amigos que ya vienen. —Mal genio gastas, Juan, oljetó uno de los del corro. —No lo he de gastar, hombre, si estoy dado á todos los demonios. Mirad: la guerra contra los franceses se va á acabar pronto: lo ha dicho el general Durán y es verdad...

—En resumen y para terminar: que el general Wandermanslein se dirige sobre Soria con una fuerte columna y que trae prisioneros á la mayor parte de los individuos de la Junta, y que me temo que su propósito es fusilarlos en cuanto lleguen...

—¿Qué sabes tú de esas cosas Juanillo! —¿Que no lo sé? ¡Pues no lo he de saber! Mira: el año ocho estuve en Bayona; formaba parte de la servidumbre del rey Fernando y me escapé de allí por no morirme de vergüenza...

—Y ese pob, e niño que va así arrastrando? —Ese es hijo del Intendente Cobarrubias. Pero ¡qué es eso! ¡mil rayos, pues no le pegal! ¡Ah, cobardes, matadme, pero no toqueis á esa criatura!

—Y diciendo esto, se arrojó el manquillo como una fiera sobre los franceses, y de un tremendo puntapié, derribó al granadero que había maltratado al niño. Lo demás fué obra de un segundo: el manco atacaba á los franceses á puñetazos y á mordiscos...

El día 4 de Abril se fijó en todos los sitios públicos de Soria y se pegaron, á son de tambor, el siguiente edicto: «El Tribunal criminal extraordinario de esta ciudad y su provincia, en virtud de comisión y mandato especial del Excmo. señor General de división Wandermanslein, comunicada la noche del día primero de Abril, procedió á la formación de la causa en el termino y sitio que se le prescribió contra don José Ortiz Cobarrubias, don Pedro Gordo, don Eulogio de Muro, don José Gregorio Navas, don Santiago Estefanía, individuos de la Junta insurreccional, titulada de Burgos y Segovia...

—Ni aun eso es posible; si hubiéramos tomado el Castillo, desde luego intentaría la resistencia; pero con los enemigos dentro de los muros de la plaza, no puedo ni debo exponerme á un fracaso cierto. Cuando los franceses entren por un extremo de la ciudad, mis tropas saldrán por el opuesto á tambor batiente, no como gente que huye, sino como soldados que se retiran ordenadamente.

—¿Y cómo te quedaste manco? —Interrumpió un viejo—deseando dar otro giro á las pláticas de Juan. —En Zaragoza, en el primer sitio: ¡aquellos si que eran hombres repuno! ¡que escenas más horribles! estabamos en Santa Engracia...

—Y ese pob, e niño que va así arrastrando? —Ese es hijo del Intendente Cobarrubias. Pero ¡qué es eso! ¡mil rayos, pues no le pegal! ¡Ah, cobardes, matadme, pero no toqueis á esa criatura!

—Y diciendo esto, se arrojó el manquillo como una fiera sobre los franceses, y de un tremendo puntapié, derribó al granadero que había maltratado al niño. Lo demás fué obra de un segundo: el manco atacaba á los franceses á puñetazos y á mordiscos...

El día 4 de Abril se fijó en todos los sitios públicos de Soria y se pegaron, á son de tambor, el siguiente edicto: «El Tribunal criminal extraordinario de esta ciudad y su provincia, en virtud de comisión y mandato especial del Excmo. señor General de división Wandermanslein, comunicada la noche del día primero de Abril, procedió á la formación de la causa en el termino y sitio que se le prescribió contra don José Ortiz Cobarrubias, don Pedro Gordo, don Eulogio de Muro, don José Gregorio Navas, don Santiago Estefanía, individuos de la Junta insurreccional, titulada de Burgos y Segovia...

—Ni aun eso es posible; si hubiéramos tomado el Castillo, desde luego intentaría la resistencia; pero con los enemigos dentro de los muros de la plaza, no puedo ni debo exponerme á un fracaso cierto. Cuando los franceses entren por un extremo de la ciudad, mis tropas saldrán por el opuesto á tambor batiente, no como gente que huye, sino como soldados que se retiran ordenadamente.

—Comprendo, general, añadió don Narciso, la exactitud de las observaciones hechas por usted; su opinión es también la de la Junta; si don Vicente ha expuesto ese deseo, ha sido respondiendo á la opinión unánime del pueblo de Soria que no quisiera ver de nuevo holladas sus calles por los franceses y que desearía hacer un supremo esfuerzo por salvar á los prisioneros; pero bien vemos que una y otra cosa son imposibles; los sorianos sabrán tener paciencia y sufrirán con entereza este nuevo desastre.

—De todos modos, la nueva ocupación de la plaza por los enemigos ha de ser corta: la guerra toca a su fin, el pueblo ha triunfado; ¡queira Dios que se sepan apreciar debidamente sus heroicos sacrificios! Ahora, señores, lo que importa es que lo ocurrido á la Junta de Burgos les sirva á ustedes de provechosa lección. El general no debe exponerse nunca á caer prisionero y, en esta guerra, los verdaderos generales son ustedes, son las Juntas que allegan recursos, que reclutan, que organizan, que proporcionan caballos; sin ellas la guerra no hubiera sido posible, así que el país debe tanto agradecimiento á ustedes que preparan los elementos para la batalla, como á nosotros que las damos. Así, pues, termino el general, los señores de la Junta, aquí presentes, y cuantas personas de viso existían en la población que no sean afrancesadas, deben evacuarla cuando yo me marche; hay que evitar sacrificios estériles que á nada conducen: la patria necesita hoy de todos sus buenos hijos y ¡quién sabe si acaso los necesitará más mañana! Adiós, pues, señores, y prepararse para marchar.

—Pues largo y a recibir á sus amigos que ya vienen. —Mal genio gastas, Juan, oljetó uno de los del corro. —No lo he de gastar, hombre, si estoy dado á todos los demonios. Mirad: la guerra contra los franceses se va á acabar pronto: lo ha dicho el general Durán y es verdad...

—En un grupo, guarecido en los Soportales del Collado, y formado por gentes del pueblo, en su mayoría ancianos ó valedurarios, se comentaban, en la tarde del 26 de Marzo del citado año doce, los sucesos del día. Aun se oía el ronco redoblar de los tambores de las tropas de Durán que salían por el puente, cuando asomaron por la puerta del Postigo las primeras avanzadas francesas.

—Y tú ¿cómo no te has ido con los tuyos? —dijo un hombrecillo de aspecto curulesco—única persona decente que había en el corro—dirigiéndose á un personaje ya conocido de los lectores. —Pues porque no me ha dado la gana, repuno! lo ha entendido usted bien, señor don Ambrosio Ruiz de Gamarra? Porque quiero ver cómo usted y los demás malos españoles que con usted forman el Tribunal criminal extraordinario de Soria y su provincia...

—Muy bravo estás, manquillo, pero ya amainarás, hijo, ya amainarás. —Pues largo y a recibir á sus amigos que ya vienen. —Mal genio gastas, Juan, oljetó uno de los del corro. —No lo he de gastar, hombre, si estoy dado á todos los demonios. Mirad: la guerra contra los franceses se va á acabar pronto: lo ha dicho el general Durán y es verdad...

—En resumen y para terminar: que el general Wandermanslein se dirige sobre Soria con una fuerte columna y que trae prisioneros á la mayor parte de los individuos de la Junta, y que me temo que su propósito es fusilarlos en cuanto lleguen...

—¿Qué sabes tú de esas cosas Juanillo! —¿Que no lo sé? ¡Pues no lo he de saber! Mira: el año ocho estuve en Bayona; formaba parte de la servidumbre del rey Fernando y me escapé de allí por no morirme de vergüenza...

—Y ese pob, e niño que va así arrastrando? —Ese es hijo del Intendente Cobarrubias. Pero ¡qué es eso! ¡mil rayos, pues no le pegal! ¡Ah, cobardes, matadme, pero no toqueis á esa criatura!

—Y diciendo esto, se arrojó el manquillo como una fiera sobre los franceses, y de un tremendo puntapié, derribó al granadero que había maltratado al niño. Lo demás fué obra de un segundo: el manco atacaba á los franceses á puñetazos y á mordiscos...

El día 4 de Abril se fijó en todos los sitios públicos de Soria y se pegaron, á son de tambor, el siguiente edicto: «El Tribunal criminal extraordinario de esta ciudad y su provincia, en virtud de comisión y mandato especial del Excmo. señor General de división Wandermanslein, comunicada la noche del día primero de Abril, procedió á la formación de la causa en el termino y sitio que se le prescribió contra don José Ortiz Cobarrubias, don Pedro Gordo, don Eulogio de Muro, don José Gregorio Navas, don Santiago Estefanía, individuos de la Junta insurreccional, titulada de Burgos y Segovia...

—Ni aun eso es posible; si hubiéramos tomado el Castillo, desde luego intentaría la resistencia; pero con los enemigos dentro de los muros de la plaza, no puedo ni debo exponerme á un fracaso cierto. Cuando los franceses entren por un extremo de la ciudad, mis tropas saldrán por el opuesto á tambor batiente, no como gente que huye, sino como soldados que se retiran ordenadamente.

—Comprendo, general, añadió don Narciso, la exactitud de las observaciones hechas por usted; su opinión es también la de la Junta; si don Vicente ha expuesto ese deseo, ha sido respondiendo á la opinión unánime del pueblo de Soria que no quisiera ver de nuevo holladas sus calles por los franceses y que desearía hacer un supremo esfuerzo por salvar á los prisioneros; pero bien vemos que una y otra cosa son imposibles; los sorianos sabrán tener paciencia y sufrirán con entereza este nuevo desastre.

—De todos modos, la nueva ocupación de la plaza por los enemigos ha de ser corta: la guerra toca a su fin, el pueblo ha triunfado; ¡queira Dios que se sepan apreciar debidamente sus heroicos sacrificios! Ahora, señores, lo que importa es que lo ocurrido á la Junta de Burgos les sirva á ustedes de provechosa lección. El general no debe exponerse nunca á caer prisionero y, en esta guerra, los verdaderos generales son ustedes, son las Juntas que allegan recursos, que reclutan, que organizan, que proporcionan caballos; sin ellas la guerra no hubiera sido posible, así que el país debe tanto agradecimiento á ustedes que preparan los elementos para la batalla, como á nosotros que las damos. Así, pues, termino el general, los señores de la Junta, aquí presentes, y cuantas personas de viso existían en la población que no sean afrancesadas, deben evacuarla cuando yo me marche; hay que evitar sacrificios estériles que á nada conducen: la patria necesita hoy de todos sus buenos hijos y ¡quién sabe si acaso los necesitará más mañana! Adiós, pues, señores, y prepararse para marchar.

Si las acciones llevadas á cabo por ésta gran figura del siglo pasado, hijas de su desmedida ambición, no justificaran el calificativo que me atrevo á darle, bastaría sólo á justificarlo, aunque no fuera más que a la vista de los españoles, la sangrienta jornada del Dos de Mayo de 1808.

En efecto; su espíritu de conquistador ambicioso, hizo fijar sus miras en el pueblo español, regido por el inepto Carlos IV, ó, mejor dicho, por María Luisa y su favorito Godoy. Acostumbrado a desbaratar en su desenfrenada carrera a través de Europa los troncos que tropezaba, rompiendo los enmohecidos goznes de las tradiciones pasadas y arrebatando las instituciones más arraigadas por el absolutismo, para colgarlas al arzón de su silla, como en otro tiempo llevaba el vencedor las cabezas de los enemigos vencidos, creyó empresa fácil conquistar nuestro suelo. ¿Cómo habría de resistírsele á él que consiguió arrojar de Nápoles a la dinastía de Borbón, del Haya á la de Orange, de Stolcolmo la de Vasa, de Inglaterra a la de Hannover y de Italia y Alemania a una porción de dinastías microscópicas que destruyó de un golpe para transformar aquellos pueblos? Se creyó invencible; pero, ¡ay! que cegado por el laurel de la victoria, no se daba cuenta de que, cuanto más alto se colocara, más terrible tenía que ser su caída. Olvidaba en su vertiginosa carrera el axioma que él mismo había enseñado algún tiempo antes a los polacos: «Y eserito está en los libros del destino que es libre la nación que quiere serlo».

Quiso aprovecharse del desprestigio en que cayó el rey por su exceso de torpeza y del odio general de que fué objeto la reina por la inmoralidad de su conducta, para poner en práctica sus insidiosos planes. Cansado el pueblo de sufrir las debilidades de su rey, que hicieron caer abandonada, á merced de los amorosos devaneos de la reina, la suerte de la monarquía, y de cuyas consecuencias hacía responsable la nación al funestísimo Godoy, puso los ojos y las esperanzas en Fernando, el príncipe heredero.

La impaciencia de ser rey que manifestaba este joven príncipe, se vió alimentada por su profesor, un canónigo necio y presuntuoso, que antes de instruirle en los clásicos y las matemáticas, le enseñó a conspirar, teniendo la perspicacia de buscarle como apoyo á Napoleón, «el héroe mayor de cuantos le habían precedido, enviado por la Providencia para salvar la Europa del trastorno total que le amenazaba, para consolidar los tronos vacilantes y para dar á las naciones la paz y la felicidad». Así le decía, escribiéndole á espaldas del rey, «para depositar en su pecho (en el de Napoleón) los secretos más íntimos, como en el de un tierno padre». (Carta de 11 de Octubre de 1807).

Esta carta, y otras por el estilo, servían de entretenimiento á Fernando, entre las conspiraciones que contra los autores de sus días tramaba en el Escorial. Fué descubierta su trama por un anónimo y comprobada por la formación de los papeles del príncipe, ocupándosele causa; pero su proceso terminó con el perdón del rey, después de dos célebres cartas á papá y mamá. No por esto decayó el entusiasmo de la opinión hacia aquel príncipe; antes al contrario, tal era la obcecación del país, que la causa del Escorial sirvió para hacer más interesante su figura.

Entre tanto, el avaricioso Napoleón que estaba al corriente de todos estos sucesos, encontró la coyuntura más apropiada para emplear sus terribles asechanzas. Se prestó de ayudar á los españoles en el camino de regeneración que emprendían, enviaba sus ejércitos en calidad de amigo, extendiéndolos por todas las provincias; y fingiéndose protector de aquel príncipe hecho ya rey, le anuncia su visita y consigue que grandes de España y hasta el mismo rey vayan á la frontera á cumplimentarle, cerrando los oídos nuestros egregios cumplimentantes, á los que les pedían audiencia para anunciarles las noticias más ó menos auténticas de los pensamientos de Napoleón. «Dormían los hombres á quienes incumbía el velar»,—dice Benavides—y velaba el pueblo, que no tenía la más pequeña parte en la dirección de los negocios públicos». Todos se humillaban ante el gran emperador; los reyes padres mirando sólo por su conservación y la del pobre príncipe de la Paz, como María Luisa le llamaba en todas sus cartas, imploraban de Napoleón (que tanto ascendiente estaba adquiriendo entre nosotros) que se les diera lo necesario para vivir los tres juntos donde más conviniera á su salud. Se estaban cumpliendo los deseos del emperador ambicioso, los mismos Borbones al entregarse á él al lado allá del Pirineo, también le habían entregado la nación.

El pueblo fué el único que no se humilló, que no se conformó con que ni Carlos IV, ni Fernando VII, ni los grandes, ni nadie, dispusieran de él como de un rebaño. Conocía las ase-

chanzas de Napoleón y no consentiría dejarse dominar. Creyó éste llegado el momento oportuno, e íntima la rendición de toda España, valiéndose para ello de las tropas que por medio de engaños logró ingresar en nuestra península.

Un fenómeno admirable, entre tantos otros, presenta entonces la Historia de España. La antigua Mantua fué la primera población que encontró en sus habitantes el fuego sagrado del patriotismo, la primera que dió su sangre por la independencia nacional, dejando como recuerdo impercedero, la gloriosa jornada del Dos de Mayo, iniciando otras no menos gloriosas é inmortales que dieron al traste con los pensamientos de Napoleón y dándonos un nuevo testimonio, de que las dinastías pueden acabarse, pero que las naciones son eternas.

Santiago Aparicio.

JUSTICIA

Si la raza inhumana, capitaneada por Napoleón, quiso enlodar los blasones españoles, sin fijarse en la gloria hispana, descendientes del Cid los Alfonso, Mariano y Bravo, tuvo que frenar sus águilas ante el movimiento del pueblo ibero, que en polvo hundió la ambición, al grito grandioso de Independencia.

Acta de Junta general de la Cuadrilla de San Esteban.

Por su interés y sabor local insertamos el siguiente acta, conservando su redacción original.

Junta de Cuadrilla el 24 de Junio, para lo que en ella se expresa.

En la ciudad de Soria á veinticuatro de Junio de mil ochos y ocho. Junta y congregada la Cuadrilla de San Esteban una de las diez y seis de que se compone el estado del común de esta Ciudad de Soria precedida citación de orn. de su Jurado Josef Gallego en la Sacristía de la Iglesia Parroquial de San Juan según tiene de costumbre especial y señaladamente el citado Sr. Josef Gallego, Emeterio Sebastián Teniente Jurado, don Alejandro Contreras Sirvetero, Manuel Ibarra, don Juan Ibañez, Esteban de la Torre, Carlos Gaya, Felipe Perlado, Andres Pascual, Pedro Cecilia las Vegas, Fran.º Diez, Millan Diez, Joaquin Sabanza, don Manuel Orinaga, Dionisio Sabanza, Tomas Rodrigo; Bartolomé Martín, Antonio García Bernal, D.º José Barquin, Juan Cervero, Andrés Lozano, Juan Manuel, Eleuterio Perez, Esteban Gil, Ramon Romero, Felipe Dominguez, Zoyo Felipe, Manuel de Miguel, Tibureio Duran, Vicente García D.º Fran.º Movellan, Eugenio Santistevan, Bernardo Fraile, Diego Gil, Angel Urvina, Juan Arnao, Casimiro Logroño, Angel Costa, Angel Ramos, Juan Berdean, Bruno Martz, Mariano Lopez, Mariano Remero, Felix Ciria, Antonio Ricardo, Cayetano Sanz, Gregorio Martínez, Lorenzo Ramirez, Antonio Felipe, Benito de Pablo y D.º Saturio Brieva, que son la mayor parte de los que se compone esta dha Cuadrilla, por dho S.º Jurado se presenta una nota simple que se leyó en alta voz por el mismo comprendida en estos términos:

«Se cita á los vecinos de esta cuadrilla para haceles saver que en la noche de ayer veinte y tres á las ocho y media se presentó un sugeto en la Junta Central diciendo: que mucha parte del Pueblo sostenida de la tropa conmovida y congregada pretendía arrestar inmediatamente al S.º Intendente y al S.º Corregidor de esta Ciudad por decir savian haver dado parte en los días anteriores á la Corte de Madrid de todo lo que havia pasado en esta Ciudad desde el tres del corriente, lo que se hace presente á la Cuadrilla para que si algún vecino tenta fundadas sospechas contra los dos referidos Señores las manifestasen libremente en este acto publico ó en secreto para hacerlo saver al Ayuntamiento».

Y enterados todos los concurrentes y preguntado uno por uno digieron que no tienen ninguna sospecha de infidelidad contra los relacionados Sr. Intendente y Corregidor, y antes bien por el contrario, los han tenido y tienen por sujetos amantes de la Patria, y de la publica tranquilidad, que por consiguiente ninguno de los vecinos aquí expresados ha dado comisión á ninguna persona de esta Ciudad ni fuera de ella para que baya á representar sus quejas á la Junta Central contra dichos SS. ni otro alguno y lo mismo digieron Julian Garcia de la Peña y Dionisio Heras que acudieron empezado este acto, y lo firman los que supieron de todo lo qual yo el SS.º Sr.º avilitado para autorizar este acuerdo doy fe. =

Josef Gallego. —Emeterio Sebastian. —Carlos de Gaya. —Alexandro Contreras. —Mariano Lopez. —Juan Bauptra Ibañez. —Casimiro Logroño. —Antonio Ricardo. —Juan Biocarreau. —Manuel Martz. Orinaga. —Tibureio Duran. —Esteban de la Torre. —Gregorio Martz. —Joaquin Sabanza. —Felix Ziria. —Vicente Garcia. —Julian Garcia de la Peña. —Juan Manuel Bartolome Martz. —Eleuterio Perez. —Anselmo Bernal. —Ante mi. —Manuel Zornoza.

Por la copia. Luis Peña.

(1) La inscripción, hoy ininteligible, que adorna la pirámide, decía: «Los héroes beneméritos de la patria don Pedro Gordo, cura de Santhibáñez, don Eulogio José de Muro y don José Ortiz Cobarrubias, intendente de la provincia de Burgos, y vocales todos de la Junta superior de la misma, y don José Navas, secretario de aquella intendencia, feles á Dios y al Rey y á la Nación, fueron aquí solemnemente asesinados por los bárbaros acatiles del vil Napoleón el dos de Abril de mil ochocientos doce, cuyas reliquias se trasladaron á la insignie colegial iglesia de esta ciudad en el día nueve de Noviembre de dicho año con el aparato religioso, político y marcial que correspondía á su esclarecido mérito, como también el teniente coronel de los reales ejércitos don Gregorio Saldana, vecino y regidor perpetuo de esta ciudad, fué aquí martirizado por los mismos bárbaros, el día nueve de Diciembre de mil ochocientos diez, y otros defensores de la patria. Y para su eterna memoria, erigió este glorioso monumento la M. N. y L. ciudad de Soria».

(2) Este personaje, y cuanto con él se relaciona, es puramente anecdótico; los demás, así como los sucesos principales que se relatan, son rigurosamente históricos.

QUE LASTIMAI

Castaron los poetas... en los que bravamente lucharon por la patria...

Siempre vive con grandeza quien hecho a grandeza está

Flota en las páginas de la Historia una grandeza tal de primacía para España...

UN NIÑO PATRIOTA Y MARTIR

Tradición serjuna de la guerra de la Independencia

¡Pobre niño! No sé cómo su débil organismo resistió las vivas y encontradas emociones...

día, sin dar con lo que su vista buscaba y su deseo no quería encontrar.

No sucedió lo mismo en la mañana del 20. Desde el adarve de la muralla, acurrucado entre dos almenas...

Veinte mil franceses, al mando del mariscal Ney, acampaban a las puertas de la ciudad.

Tres días no más permaneció la división del mariscal Ney en Soria, y a pesar de haber anunciado que sería respetada la hacienda de sus moradores...

Con estos sucesos habíase operado en el niño de nuestra tradición una transformación extraña e importante.

En cambio el odio al invasor, que aunque grande y poderoso había estado debilitado y comprimido por el terror...

Después del cuerpo aquel de caballería, que hizo su entrada en Soria, a los pocos días del paso de la división del mariscal Ney...

Este general francés, a quien su carácter de tal no impedía ser justo y prudente...

Parecía que habían pasado ya, para no volver, los aciagos días del año ocho, cuando a mediados del nueve...

La casualidad hizo que eligiera por residencia una antigua y espaciosa casa de la calle de Caballeros...

Hay que advertir que tomó a nuestro niño por criado desde el primer momento...

Estaba como en su elemento repartiendo culatazos y palos, que alcanzaron a buen número de sorianos...

Todo esto despertó en él, con más fuerza que nunca, su odio al francés...

Una mañana del mes de Agosto, a los pocos días de haber rodado por la escalera...

Por otro lado le tenían como ensimismado y distraído la monotonía de la ocupación y, sobre todo, la excitación y debilidad de su cerebro...

Y lo que por él pasó fue terrible: ni él mismo lo supo. Pasado el primer momento de estupor...

UN RECUERDO DE FAMILIA

Dejó a mis ilustrados amigos y compañeros la tarea de ensalzar las glorias de la guerra de la Independencia...

Mi abuelo, D. Vicente García Leaniz, era Diputado en las Cortes de Cádiz...

Estaba éste un día en el balcón conversando con mi abuela D.ª Manuela Alonso...

Imagínense los lectores el disgusto y contrariedad de mi abuela...

Mas pocos días después la pobre señora sufría un disgusto de mayor calibre...

Cuando las tropas españolas, que por fin tomaron por asalto la ciudad...

Aquella misma noche se levantó un huracán que derribando tejas y claraboyas...

El recuerdo de estos episodios, trayéndolo a mi memoria aquellos grandes días de patriotismo...

J. José García.

1808

De un titán gigantesco, prodigioso, cuyo nombre el pavor sembró doquiera...

Descartes.

Se hace necesario que, cual dogal al cuello, circunden la ciudad con fosos...

Han pasado muchas generaciones y los destellos de aquella hoguera de un pueblo de titanes...

Los bárbaros del Norte, mezcla inmensa de razas enérgicas...

Los árabes, que apoderándose de España en menos de un año...

Don Juan de Austria, que en Lepanto cambia la historia del viejo mundo...

Siglo XIX, llegamos a él; no siendo sombra nuestro poderío de lo que había sido...

Por incautos é inocentes dejamos que los soldados de Napoleón se apoderen...

El dos de Mayo se lanza el pueblo sobre los mampelucos de Murat...

Loor eterno a nuestros abuelos, que supieron reverdecer el laurel de nuestras grandezas...

Zaragoza fué heroica en aquellos días gloriosos de su historia.

Hoy, al celebrar Madrid y España con ella el día dos de Mayo, alegre la historia de los muertos...

Lucas Abad. Valdeavellano, Mayo de 1908.

MAYO DE 1908

El tiempo ha corrido, un siglo ha pasado, pero esta es la lucha, ni truena el cañón,

las armas descansan, descansa el soldado y el pueblo trabaja por la Exposición.

Hoy luchan las ciencias y luchan las artes y cambia el Comercio del mundo la faz,

pero esta es la lucha, que está en todas partes, bendita la guerra que vive en la paz!

La ley del progreso se opone a la guerra y nada detiene su marcha triunfal, y a un pueblo vecino y a ibérica tierra confunde en abrazo de amor fraternal,

Ni se oyen lamentos, ni truena cañones ni suenan los ecos de bélico son; hoy marchan unidas hermanas naciones que ostentan la enseña de la Exposición.

de la Exposición, desde allí indagó, con su inquieta mirada, el horizonte que ante ella se extendía.

Corrían entre tanto los días; las plazas más importantes de Castilla la Vieja iban cayendo en poder de las huestes napoleónicas...

Por eso, apenas rayaba el día, se echaba a la calle en busca de compañía...

Corrían entre tanto los días; las plazas más importantes de Castilla la Vieja iban cayendo en poder de las huestes napoleónicas...

Por eso, apenas rayaba el día, se echaba a la calle en busca de compañía...

Corrían entre tanto los días; las plazas más importantes de Castilla la Vieja iban cayendo en poder de las huestes napoleónicas...

Por eso, apenas rayaba el día, se echaba a la calle en busca de compañía...

Corrían entre tanto los días; las plazas más importantes de Castilla la Vieja iban cayendo en poder de las huestes napoleónicas...

Por eso, apenas rayaba el día, se echaba a la calle en busca de compañía...

Corrían entre tanto los días; las plazas más importantes de Castilla la Vieja iban cayendo en poder de las huestes napoleónicas...

Por eso, apenas rayaba el día, se echaba a la calle en busca de compañía...

Ricardo Tovar.

Pre corriendo, como alma que lleva el diablo, sin otra preocupación ni más idea que huir de la ciudad; y al salir de ella, al salir de ella, al salir de ella...

La desaparición del niño, y el hecho de haberse encontrado su cuchillo clavado en el cuello del asistente, hicieron sospechar á los que le conocían, y especialmente á sus parientes que fuera el quien mató al francés. Corrió la noticia por la ciudad, llegando á oídos de los franceses que, en su mayor parte, ó se negaron á darle crédito ó no le dieron importancia. No sucedió lo mismo con el general. Baste, un matador de un francés y en su propia casa, una venganza que tomar, sangre en perspectiva? pues allí de él; ¿que se trataba de un niño? ¡bah! ni pensó en ello, después de todo, era exigirlo demasiado.

Mandáronse requisitorias á varios pueblos, con las órdenes más severas y terminantes para su captura, y pasaban días y días sin dar resultado, cuando un patriota, un alcalde, cuyo nombre, así como el del pueblo, la compasiva tradición ha olvidado evitando con ello la ignominia que sobre aquel nombre hubiera caído, denunció el niño á las autoridades francesas, y conducido á Soria, fué condenado á ser fusilado y colgado, para ejemplaridad y escarmiento, sin duda, de esa porción de la humanidad, perversa y criminal, que forman los niños.

Llegó el día señalado para la ejecución, uno de los primeros del mes de Octubre, que amaneció nebuloso y triste. El cielo, en toda su extensión, de un color gris uniforme, arrojaba una lluvia menuda, tamizada, que caía incesantemente. Todas las sierras circunvecinas aparecían coronadas de nubes agarradas á sus cimas; girones de deshilachada niebla, desprendidos de lo alto, rodaban por las pendientes de las montañas, prendiéndose en sus faldas, ó bajando y desvaneciéndose en el llano; al norte de la ciudad una dilatada línea blanquecina, que se extendía por la llanura, denunciaba el curso del Duero. Parecía que la naturaleza ante la escena que iba á desarrollarse, se había revestido de solemne tristeza.

A la difusa claridad de las primeras horas de aquella mañana, vióse salir por la puerta del Postigo un pelotón de soldados franceses y un niño llorando, resistiéndose á andar, conducido por dos de aquellos. Atravesó el grupo el arrabal, torció hacia la derecha, dejando á su izquierda el convento de la Concepción y el de San Benito y subiendo la pendiente que frente á éste se alzaba, llegó á la meseta de Santa Bárbara, lugar destinado para las ejecuciones. A una orden del oficial formó la compañía; cuatro soldados se destacaron de ella y los dos que lo habían conducido colocaron al niño á pocos pasos de aquellos.

Era el niño á quien un mes antes vimos alejarse de la ciudad, después de haber dado muerte á un asistente del general Baste. Costaba trabajo reconocerle. Su larga peregrinación por los pueblos, siempre errante y vagabundo, comiendo de lo que la caridad le proporcionaba, durmiendo á campo, raso unas veces, en el quicio de una puerta otras, las meñes bajo techado, y asaltado por el miedo, las angustias de su captura, los horrores de su condena; tanta y tanta inacabable tortura; martirio tan cruel, habían labrado tan honda huella en su espíritu que, reflejándose en su cara arrugada y marchita y en su cuerpo postrado, aniquilado, desfallecido, le habían desfigurado completamente. En poco tiempo, la pena había trabajado en él, tanto como una larga vida; era un niño viejo, marchito; ¡qué tristeza!

Era inútil empeño que el niño permaneciera donde los soldados le dejaban; apenas se retiraban se iba tras ellos dando gritos angustiosos, desesperados, lo ataron. Hay que decirlo en honor de aquel oficial, á quien la disciplina obligaba á ejecutar una orden que repugnaba á sus sentimientos: volvió la cabeza y en esta disposición; con acento que la emoción hacía tembloroso, dió la voz de fuego; al mismo tiempo el niño, abriendo desmesuradamente los ojos, en los que se advertía el extravío del espanto, gritó: ¡madre mía; no, no!; la detonación de la descarga apagó su voz y en la nube de humo que produjo, vióse caer su cuerpo en tierra. Cogieron los dos soldados y lo llevaron á un lugar cercano á donde se alzaba un pie derecho que sostenía un travesaño horizontal, del que pendía una polea con una sogá, uno de ellos rodeó la sogá al cuello y tirando el segundo del otro extremo hizo el cadáver del desgraciado niño, cuya cara tomó un tinte livido y cuyo cuerpecito permaneció breves momentos balanceándose en el aire. ¡Dios de Dios, qué horrible! se oprime el corazón al describir escena tan siniestra.

Cuando se contemplan á través de tales hechos, ciertas glorias históricas, parece que su brillo se oscurece y se eclipsa tras una densa nube de finieblas y de vapores de sangre, condensación de todas las amarguras, de todos los dolores; de todos los crímenes con que aquellas tristes y funestas glorias se han amasado.

Más impresión ha dejado en mi ánimo este conmovedor episodio, que todas las hazañas militares del capitán del siglo.

¡Pobre niño! (1)

Enrique Ramirez.

PERICÓN
CORONEL DE LAS TROPAS IMPERIALES
(TRADICIÓN SORIANA)

La verdad es que Pericón se ahogaba de coraje. Aquella salida de su casa era para él como una sangría necesaria á un plefórico.

Porque Pericón tenía verdadera plétora de odio á los franceses.

Aquellas conversaciones con el cura del lugar, bajo la campana inmensa de la cocina de su casa, aquellos relatos de tropelías y de crímenes, aquellas victorias heroicas obtenidas por un puñado de desarrapados sobre un ejército de veteranos, habían sido buena semilla, pero, vaya, que no habían caído en tierra estéril.

Y si no, allí estaba él, capaz de matar á un buey de un puñetazo y de mandar á resucitar á París, á medio batallón de granaderos.

La verdad es que tenía en casa á su mujercita y dos chiquillos tan rubios y tan hermosos como los angelotes de la Iglesia; verdad era también que si él faltaba, faltaban los tajones de leña y andarían mal las cosechas, y conseguir el pan de aquellos infelices sería un problema.

Pericón se acordaba de todo esto teniendo un mal caballejo en la cuadra y un espadón colgado á la cabecera de la cama? ¿quién pensaba en aquella mujercita fresca y colorada y en aquellos muchachos de guedejas rubias, si no queda tiempo más que para contar las fechorías de los gabachos?

Por eso Pericón había madrugado, tanto aquel día, y callandito, callandito, mientras todos dormían en el pueblo, había ensillado el caballejo, se había colgado á la cintura el espadón y con más ánimos que el Cid y más aían de aventuras que Don Quijote; había cruzado al galope el antiquísimo puente y había emprendido el camino de Soria.

Después de todo, el hombre tenía formado un plan, y como el plan resultara, ya no habría más ciudades saqueadas, ni más campos asolados, ni más franceses, ni más guerra.

El, derecho á Soria y con su espadón y sus puños, y la ayuda de Dios y la justicia de su causa, á desahar á Napoleón. ¿Qué no estaba en Soria? Pues no había de saltar un general, ó un coronel, ó alguno que le trasladara el desafío. Y luego, que se presentara, que allí había un hombre para atreverse con él. ¿No era Napoleón la causa de todos aquellos trastornos? Pues lo que Pericón decía: muerto el perro se acabó la rabia.

Cubiertos de sudor jinete y caballejo, traspusieron la loma que ocultaba la ciudad á su vista; detúvose el animal en el alto para dar algún descanso á sus mal parados huesos y extendió el jinete su mirada, desde el cerro que ocupaba el castillo, fiel guardador de la Ciudad, hasta la hondonada en la que sobresalía el tono oscuro del vetusto palacio de Castejón; allá, á la izquierda, el torreón y las almenas del palacio del Conde de Gomara, y á su espalda la torre de la Iglesia en la que tan infructuosamente se han buscado los restos del inmortal autor de *La Niña Boba*.

No era el protagonista de esta verídica historia muy ducho en las letras ni muy versado en las artes, así es que el único efecto que hizo en su ánimo la vista de la Ciudad, fué el de acrecentar su odio al extranjero al pensar que castillo y palacios, casas y murallas, eran de su dominio y que sus habitantes lloraban bajo la opresión nada suave de los soldados del invasor.

¡Perros, herejes, pillos y ladrones! decía el hombre apretando convulsivamente el puño del mohoso espadón. ¡Permita Dios que acaben con vosotros, que os lleven todos los demonios, sin que quede un francés para contarlos!

Ya podían hablar en aquel momento á Pericón de su mujer y de sus hijos, de las apacibles veladas del hogar cuando él, rodeado de su familia, descansaba de las fatigas del día; sentado en un banco de pino en su negrecita cocina, calentándose al amor del montón de tamaras que servía de velón y de estufa; que ni mujer, ni hijos, ni dulces aficiones, ni hermosos recuerdos, habían de desarmar su brazo ni de hacerle cejar en su empresa de odio eterno á los franceses.

Y así fué que espoleó su cuartago, el que sacó fuerzas de flaqueza, y tomó un trotecillo de andadura, y más y más animoso volvió á emprender el camino de la Ciudad.

Ya iba nuestro héroe á llegar al fin de su camino, ya llegaba á las puertas de la Ciudad cuando saltó por ellas vistoso escuadrón de coraceros imperiales.

Los reflejos del sol en las corazas y los cascos cegaron al principio al buen Pericón, pero apenas rehecho de la impresión primera, dirigióse al encuentro de la gente francesa todo lo deprisa que permitían los enflaquecidos remos de su corcel.

¡Sorprendióse la tropa á la vista de su extraño enemigo, que sin parar en ello mientes, adelantóse á exponer su plan, erigida la cabeza, adelantando el robusto pecho y blandiendo en la diestra mano la vieja tizona.

Encaróse con el primer coracero que halló á su mano y espetó un discurso salpimentado de insultos á los gabachos y á su jefe, al que terminó retando á sin igual batalla, ni más ni menos que un Orlando ó un Amadís.

Tomáronlo á chacota los coraceros hasta que irritado Pericón, comenzó á repartir á diestro y siniestro sendos golpes sobre los franceses que al fin hubieron de defenderse y apoderarse del héroe soriano.

Poco rato después los coraceros franceses penetraron en la Ciudad llevando á su cabeza, á guisa de jefe del destacamento, y convenientemente asegurado sobre su rocín, al coronel Pericón, que con la mirada centelleante y la frente erigida, más parecía un vencedor que un prisionero.

Al día siguiente, un cuerpo se balanceaba pendiente de la picota del campo de Santa Bárbara.

El pobre Pericón había pagado su heroicidad en la horca.

Poco tiempo después, una mujer joven y hermosa y dos chiquillos rubios y sonrosados como los angelotes del retablo de una iglesia, lloraban silenciosamente junto al hogar sin fuego de una casucha del hogar.

Era la familia del héroe.

Mariano Granados.

DIÁLOGO

Diálogo cogido al vuelo y extractado en pocas líneas. Entre una maja de Goya y un chulo de López Silva.

—Y dime tú, morenucha, Puesto que en Madrid vivías, ¿Qué pasó en el 2 de Mayo? Pues yo no supe en mi vida Más que dir al obelisco con esa procesión cívica A echar cuatro chicoleos A las mujeres bonitas, Pero debió haber jarana Y creo que allí emprendía Aquel refrán que nos dice: —¡Ya te lo dirán de misas! Pues les rezan diez ó doce Tós los años á las víctimas Con que cuenta, que te escucho, Rematando esta collita.

—El 2 de Mayo, paisano, Tiene una historia tristísima. Fué un motín de madrileños... —¡Un motín! ¡Bien emprendias! Poquito que á mí me gusta Gritar frases alusivas A ceviles, Romanones Y serenos y guindillas. —¡Un motín! ¡Anda la órdiga! De fijo sus cerrarían Los cines ó los teatros A horas tan intempestivas Como la que ahora La Cierva Impone á los de la Villa! —No sé lo que dices, mozo, Pero el motín de aquel día Fué porque á Francia quisieron Llevarse la Real familia.

—¡Uy qué primos! ¿Y por eso Sus entraron las fatigas? Pues ahora se va y se viene Tó el que quiere y tan tranquila Como se queda la gente! Na, que tendrías ganita De jaleo, y si algún hombre Sus habló por las Vistillas Como nos habla Soriano, Pongo por caso, en mis días Después de oírle el predique A la calle se echarían Los de Lavapiés y... ¡pata! —Si no te callas, maldita La falta que hace que estemos Molestando al que esto escriba ¿Quieres saber? —¡Naturaca! —¡Pues cállate! —Habla chiquilla. —Te digo que fué el motín Porque en Madrid, que ya ardía En temor y sobresalto, Se supo al fin la partida De la reina y de sus hijos Que para Francia salían. El infante don Francisco, Que era un niño todavía, Lloraba la criatura Al pensar en su salida. Lo supo el pueblo en la plaza, Y una pobre viejecilla Gritó entre la gente: ¡Valgame Dios y la Virgen bendita Que se nos llevan á Francia El resto de la familia! Esto fué bastante, ¿entiendes? Se armó la gran tremolina Y como ardía en coraje Nuestra coronada Villa, Se lanzaron á la calle Chisperos y estudiantinas, Manolos y salta-charcos, Pisaverdes y golillas, Y unos con las escopetas, Y otros con las carabinas, Estos con chuzos y espadas Y todos á la ofensiva Se lanzaron contra aquellos Franceses que así venían Ordenados por Murat Con sus tropas aguerridas A ocupar bonitamente La patria que defendían.

—¿Y qué pasó? —Que los pobres Lo pagaron con sus vidas, Que corrió un río de sangre Y con ella quedó escrita Esta página de historia Que tú conocer querías. —¡Y solo por que una vieja gritó...! ¿Que pecho tenían mis antepasados, reconcho! Pues si grita en nuestros días La abuchean unos cuantos Y tras de darle la pita, Pue que hubié pagao la vieja Por meterse á parlanchina! Ya se conoce que entonces Eran costumbres antiguas! Hoy nos preocupan las cosas de manera muy distinta. —¡Pá que no distis un mitin Poniendo como una grima A ese Murat que me dices? ¡Hablar, tó lo que se pida! Pero ¿quitarse el pellejo? En mi tiempo no se estilaba. Salvo, cuando cuatro amigos Juegan al mis unas tintas, Ó cuando nos dan achares Con una mujer bonita Y algún amigote íntimo Al revolver una esquina. Los cogemos... ¡la matamos! Y la prensa al otro día Viene ilustrá con retratos Del matador y la víctima Y un letreiro así de grande: —¡Crimen pasional del día! —¿Y para eso sois valientes? —¡Pa chasco! Tú que lo digas. —¡Mucho descende la raza! —Los pueblos se modernizan! —¡Vaya me vuelvo á mi lienzo Avergonzada y corrida Si este es mi pueblo, reniego Del pintor que me dió vida! —Te has puesto seria, manola, No te enfades... persona Y agrarate de mi brazo. Vámonos á la bombilla A merendar buenamente Mientras se dicen las misas. Y riete de la patria Y olvidate de las víctimas. —¡Váyase solo si quiere!

ANTONIO CARRILLO DE ALBORNOZ.
DOMINGUÍN

Un episodio entre los muchos ocurridos durante el día terrible del 2 de Mayo de 1808 en las calles de Madrid, merece consignarse.

Cuando era más nutrido el fuego en las calles del barrio de Maravillas, y á poco de caer herido, en la que hoy es llamada calle de Ruiz, y esquina de la del Divino Pastor, el inmortal capitán, D. Pedro Velarde, se presentó en aquel lugar un muchacho jorabado, empuñando un retaco.

Las vocerías enardecieron á aquel infeliz desmétrado y nadie reparó en él en aquellos momentos, cuando de improviso una mujer joven, desgreñada y morena, y que hacía fuego contra los granaderos franceses, al volver la cabeza, y reparar en el jorabado, exclamó:

—Tú también, Dominguí?

—Sí, para matar franceses, ya que ellos mataron á mi padre, y me dejó la misma arma que él empuñaba.

Mirad cómo caen los que acaban de privarme del amor más desinteresado y puro. ¿Verdad?

Y acompañando á estas palabras la acción, Dominguí disparó el retaco sobre un grupo de granaderos, de los cuales cayeron cuatro á través de la metralla de que estaba cargada el arma del héroe anónimo, de aquel niño, el cual, todos los años, durante el curso de su vida, no dejó el día 2 de Mayo de orar sobre la tumba de los mártires de la Independencia de España.

Jesús López Gómez.
LA TORCA DE FUENCALIENTE

—Cuidado, no vaya usted á rodar por el abujero—me dijo el tío Periquín, ilustre síndico y vecino de Fuencaliente.

—¿Qué abujero es ese?—repliqué yo á su cariñosa advertencia.

—¡Cuál ha de ser! ¡Ridiós! La Torca.

—¿La Torca?

—Si señor; ese pozo grande que nadie sabe donde concluye.

Era la primera noticia que yo tenía de la existencia de tal precipicio que, en aquellos lugares, y por lo mismo se avivó tanto mi curiosidad con los datos que acababa de manifiestarme el tío Periquín.

—Y está cerca de aquí La Torca?

—Si señor; ya estamos al caer.

—¿Eh?

—No se asuste usted. *Quíto icir* que pronto podremos ver la boca del foso.

En efecto, no había transcurrido un minuto después del colquio que acabo de relatar cuando me encontré delante de una conferencia de unos doce á dieciséis metros de diámetro, de cuyo fondo brotaban densas nieblas negras, que producían el efecto más tétrico y espantoso que pueda imaginarse.

Por su posición y por su contextura, comprendí que La Torca de Fuencaliente no era sino un conducto ya inútil, por donde en otros tiempos anteriores á alguna de las múltiples revoluciones geológicas, respiraban los pulmones incandescentes de la Tierra.

El tío Periquín arrojó un pedrusco, y de repente salieron del tenebroso abismo multitud de murciélagos, grajos, mochuelos y otros avechuchos de este género. Aún se impresionó más mi ánimo viendo la clase de huéspedes que se albergaban en aquella lóbrega mansión, y sin articular una sola sílaba, seguí contemplando el misterioso orificio, cuya profundidad se perdía gradualmente entre la obscura neblina.

III

—Donde usted la ve—dijo mi interlocutor —La Torca tiene más mérito del que por ahí creen; hasta tiene su historia.

—¿Y usted la conoce?

—¡Ya lo creo! Como que me la contó mi difunto padre, que en gloria esté.

Lleno de curiosidad le rogué que me explicara el hecho que había oído relatar á sus mayores, y el tío Periquín, dando á sus palabras un tono de severa solemnidad, habló de esta manera:

—Hace muchos años, cuando la francesada, vino de Aranda un guerrillero á traer una carta á los de Fuencaliente, en la que decía que, á los pocos días pasaría por aquí un grande ejército de enemigos nuestros, con dirección á la carretera de Madrid. Viajaban por caminos apartados, para evitar el encuentro con las tropas españolas y burlarlas y cogerlas entre la espaa y la pared, como suele *icirse*. Terminaba la carta mandando que de *cualquier* manera, les cortasen el paso.

Peró la cosa era muy difícil, por que los del pueblo no tenían armas ni trincheras, ni nada; y ¿qué hacer? ¡ban á permitir que siguiesen su camino y vencerían á nuestros hermanos? Eso nunca! ¡ban á ponerse contra ellos que eran tantos, tantos y bien armados y con mucha táctica ó táctica ó como se diga! Imposible.

En esto se hallaban pensando, cuando uno del pueblo se comprometió á derrotarlos con maña, y como á nadie se le ocurría medio alguno, y por otra parte llevaba fama de listo, en él confiaron todos y se dispusieron á obedecerle en lo que mandase.

Lo primero que ordenó, fué cortar unas ramas muy largas pero muy delgadas, que había en los arroyos del monte; con ellas cubrió de parte á parte toda esta boca; encima colocó unas tablas endebles, y todo lo cubrió de tierra de tal modo, que el que no lo hubiese visto hacer, no podía sospechar que aquí existiese un peligro tan atroz.

Enseguida montó en una mula mandada, y se marchó por el camino que se le indicó, traían los franceses.

Dicho y hecho; aún no había andado una legua, cuando se encontró con los enemigos mandados por el general... no recuerdo, porque es un nombre muy raro; lo que sí sé es que tenía muchas barbas y muchos galones.

Sonreí de aquella puerilidad, y él sin fiarse en mí, embebido cada vez más en su papel de historiador, continuó hablando.

—¡Eje! le mandó detenerse y le preguntó por dónde se podría ir con más brevedad á la carretera del Somosierra.

El de Fuencaliente se ofreció á guiarle por poco dinero y el general aceptó el ofrecimiento.

En esto, llegó el anochecer, y mi paisano le dijo al *franchute* y á los principales de la cuadrilla que le siguieran para que se encendieran de la ruta que tenía que hacer su escuadrón al siguiente día.

En efecto, el tío que con todos sus capitanes, caminó adonde el otro le conducía.

Ya puede usted suponerse que les llevó encima de la trampa que aquel mismo día había fabricado él y los demás vecinos.

Cuando ya estaban allí, el de Fuencaliente arreó á su mula; esta pateó sobre el tinglado, las tabillas se rompieron y todos, todos y también, cayeron en la Torca, y no han vuelto á salir desde entonces...

El ejército que se vió sin jefes y sin guías, no pudo continuar el camino, y tuvo que volver grupas hacia el Aragón, sin poder hacer daño á las tropas españolas en cuya busca iban.

—¿Y cómo se llamaba ese héroe—preguntó yo admirado de su valor.

—El nombre no lo sabemos—repuso el tío Periquín,—pero su recuerdo no se borrará de nuestra memoria ni de la de nuestros hijos, mientras el pueblo sea pueblo.

Calló mi acompañante, y yo, ante la tumba sacrosanta del mártir, rendí en mi corazón un tributo de veneración más ferviente á aquel español heroico, que con el sacrificio de su vida salvó la de muchos patriotas que venieron con su muerte en los últimos combates de la gloriosa guerra de la INDEPENDENCIA.

Manuel Ayuso Iglesias.
PENSAMIENTO

El arrebatado patriotismo de las muchedumbres, exacerba irreflexiblemente por exterioridades, el nuevo hoy se alzaría el pueblo español si se tratase de arrebatarle su independencia y, sin embargo, se preocupa de poner en práctica para vencer en las luchas del trabajo, no tan ruidosas, pero sí más fecundas que los cruentos empeños de la guerra.

Patriotismo

Nada el amor á la Patria De España podrá arrancar, Tal vez los vientos modernos Llegue la planta á cortar... ¡La raíz está muy honda, Ya volverá á retoñar!

EL BARRANCO DE LOS FRANCÉSES

Tal es el título de un paraje que existía hacia la mitad del camino que une á los pueblos de Brias y Alaló, y cuyo nombre se evoca con inmensa satisfacción por los habitantes de aquella zona, porque es un constante recuerdo de las inolvidables hazañas que tuvieron lugar al paso de las tropas francesas por aquellos pueblos.

En un frío día de Noviembre de 1811, se presentaron en el primero de los citados pueblos cuatro soldados franceses que servían de avanzada á una columna que se dirigía á Sigüenza, y Molina de Aragón, solicitaron del Alcalde un guía que los acompañase.

Oyó la petición un vecino conocido en el país por el tío Rumbillo, hombre de buena estatura, pero de viriles energías, y deseoso de vengar ultrajes que había recibido al querer pocos días antes impedir que una columna se llevase las alhajas de plata de la iglesia, se ofreció á prestar el servicio que aquellos demandaban, y una vez que fué aceptado, emprendieron la marcha, llegando al barranco de referencia manifestaron deseos de descansar y tomar un bocado al abrigo de una pared que allí existía, y al efecto, dejaron las armas y se sentaron á almorzar.

Durante el descanso observó Rumbillo que los *franchutes* se mojaban de su piqueñez, y no pudiendo sufrir resignado la burla, creció en cólera, tomó un fusil que como los demás, estaba sin cargar, arremetió contra ellos, dirigiendo certeros golpes á la cabeza y pecho con tal rapidez y destreza, que inutilizó primero y acabó después con los cuatro soldados que dejó tendidos en el suelo.

Recogió los fusiles, que arrojó á un arroyo, y retrocedió al pueblo, á donde llegó cuando la Autoridad estaba dando cuenta al jefe de la partida del paso de los números de avanzada.

—Señor, dijo Rumbillo, los soldados han sido prisioneros por la fuerza de provinciales que viene por ahí detrás, bien armados y equipados.

Al oír la noticia, el jefe de la partida, esperó las razones, que se estaban recogiendo, retrocedió con su fuerza á paso ligero, pero no tropezó con la ideal partida de provinciales, dejando al pueblo tranquilo, que en aquella tarde recogió los cadáveres de los soldados, dándoles sepultura.

Desde aquel día el barranco de Valpiedra se denomina Barranco de los franceses.

L. H.